

EDICIONES BIBLIOTECA FILM
SERIE A ALAN

Jean Fontaine
Allan Lane

EL RAPTO de LAURA



Editorial ALAS





EL RAPTO
DE LAURA

LIBRERIA DE LA FAMILIA
CALLE DE LA FAMILIA, 10
MADRID

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROYECTOS: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Bachard, 16, Barcelona - Tormes, 4, Madrid

EDITORIAL



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 75

NUM. 324

EL RAPTO DE LAURA

*Novela cinematográfica, basada en la
película del mismo título. Creación
de la famosa artista de la pantalla*

JOAN FONTAINE

Un secuestro voluntario que termina en boda, como es natural.

Una rápida carrera de obstáculos para ganar una apuesta
y un viaje de bodas. Divertida comedia trepidante
de alegría sana y franco optimismo, de ju-
ventud bulliciosa y despreocupación.

EXCLUSIVAS



Casa central:
Rambla Cataluña, 118
Sucursal en Madrid:
-:- Calle Mayor, 4

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Heda Hopper</i>	Joan Fontaine
<i>William Brisbane</i>	Allan Lane
<i>Vicki Lester</i>	Billy Gilbert
<i>Hilda Vaughn</i>	Cecil Kellaway

Dirección:

Ben Holmes

Producción:

Robert Sisk

Guión:

Bert Graner

Realización de

Montserrat Alfonso

EL RAPTO DE LAURA

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

EL ADMIRADOR DE LOS PECES

EN una alegre mañana de sol, Bill, un apuesto y gallardo muchacho, hijo de un conocido millonario, se paseaba tranquilamente por una concurrida calle.

Las gentes se dirigen atareadas a su trabajo, y el joven, que camina sin apresurarse, divisa, arrinconado en el bordillo de la acera, un carrito de pescado que anuncia el precio y la buena calidad del género con grandes letreros. Un obeso pescadero pregona su mercancía, y Bill se dirige allí para contemplar los peces a cuya estudio dedica la mayor parte de su tiempo. El pescadero, al verle detenerse, cree que se trata de un comprador y se apresura a atenderle.

—¿Desea usted algo?

El joven, que permanece extasiado ante el bello colorido del pescado, con la expresión de embeleso que tendría un admirador del arte en las galerías del Louvre, contesta:

—¡Qué bonitos son los colores del pescado! ¡Qué divinidad! ¿No los admira usted?

—Hombre—replica el pescadero rascándose la cabeza—. La verdad es que yo no me fijo mucho en los detalles. Me limito a venderlo.

Bill casi no le escucha. Ha cogido del carrito un pez enorme y lo contempla con admiración.

—¡Qué hermoso ejemplar!

—Muy hermoso y además fresquísimo—contesta servicial el pescadero—. Se lo voy a envolver ahora mismo.

Pero el joven, mientras tanto, ha

cogido otro pescado que admira también, diciendo:

—El mero es algo bellísimo.

—Y además, que lo doy baratito. ¿Se lo envuelvo?

—No hace falta que se moleste. No lo quiero.

El buen hombre lo mira sorprendido y enfadado. Nunca había encontrado un comprador tan original, y no sabe qué hacer. Por fin grita enfadado:

—¿Qué no lo quiere? ¿Después de hacerme perder el tiempo no quiere ni el uno ni el otro? ¿Se cree usted que yo estoy aquí por nada?

Entonces es Bill quien se sorprende, y al ver que la gente que pasa se detiene a mirarlo, dice algo azorado:

—Perdone si lo he molestado, pero pensé que estando los dos enamorados de los peces, pues...

El pescadero está cada vez más perplejo, y las palabras del joven, en vez de aclarar las ideas, todavía lo confunden más. Así, que estalla furioso:

—¿Enamorados de los peces? ¿Por quién me toma usted? ¿Es que usted quiere casarse con los peces?

El joven no sabe cómo salir del atolladero en que se ha metido, y algunos transeúntes contemplan la escena con aire divertido.

—No lo tome en el sentido ro-

mántico. Verá, yo estudio los peces, averiguo sus cosas...

—¿Un competidor? ¿eh? ¡Quiere saber detalles del negocio y me lo dice! ¡Vaya frescura!

—No, nada de eso—aclara Bill—Es que soy ictiólogo.

El pescadero, que no sabe de qué le hablan, cree que el joven le ha dicho su nombre, y al ver que va pasando el tiempo y que la conversación le hace perder la clientela, chilla desesperado con las manos en la cabeza:

—¿No tiene usted nada que hacer? ¡Váyase de una vez, y si usted es el señor «ictiólogo» yo soy el señor Papallopulos! ¡Lárguese!

El joven, sin embargo, no se mueve, y el pescadero decide cambiar de sitio para librarse del intruso. Coge su carrito y se dispone a atravesar la calle, murmurando en voz alta:

—¡Un loco enamorado de los peces! ¿Por qué no se casará con alguno en vez de molestar a las personas?

Bill se ríe al oírlo y mira cómo el hombre se aleja, pero en el mismo momento que iba el pescadero a volver la esquina, un lujoso coche de turismo que salía de la calleja a toda velocidad atropelló al carrito, haciendo perder el equilibrio al pescadero que se cayó al suelo mientras

el pestado caía encima de los ocupantes del coche, manchándoles sus elegantes vestidos. Laura, que es una bellísima muchacha, se sacude los peces que le han caído encima, mientras su acompañante desciende del auto para limpiar el radiador de intrusos.

—¡Qué porquería! — exclama irritado.

Mientras tanto, un grupo de gente rodea al pescadero, que se levanta trabajosamente y mira con tristeza su carrito roto y la mercadería desparramada por el suelo.

En este momento, en que la mente del infortunado calcula a cuánto ascenderá la pérdida que representa para su negocio el accidente sufrido, le grita Wally:

—Oiga: ¿por qué no se fija por dónde va?

Entonces la cólera del pescadero se desató, y poniendo los brazos en jarras se dirigió hacia el coche.

—¿Es que me va a dar las culpas a mí? ¡Si es usted quien no sabe conducir! ¡Fíjese lo que ha hecho con mi pescado!

Wally se sacó un pez que se le había metido en el bolsillo de su elegante americana, y subió otra vez al coche, dejando la discusión, pero el pescadero le dice poniendo un pie en el estribo:

—Exijo que me enseñe su carnet

—No se lo enseñaré — responde Wally—. El accidente ha sido culpa suya, por andar tan distraído.

Bill, que ha permanecido en la acera contemplando el incidente y ha sido uno de los que han ayudado a incorporarse al pobre pescadero después de su caída, cree llegado el momento de intervenir, y se acerca hacia el coche, proponiéndole a Wally:

—Yo he presenciado el accidente y es usted el responsable de lo ocurrido. Debe enseñarle su carnet de conductor.

Entretanto, la joven se pone cada vez más nerviosa, y al ver que todavía no pueden irse por culpa de aquel intruso, pregunta agresiva:

—¿Se mete usted siempre donde no le llaman?

—Nunca hago tal cosa, pero es que este hombre es amigo mío.

El pescadero al ver que el joven se dispone a defenderlo, cobra nuevos bríos y corrobora:

—Claro que somos amigos. Estudiamos juntos los peces.

Al oír esta frase, Laura se pone a reír a carcajadas, y Bill, que es muy sensible en cuanto se refiere a esta cuestión, exclama molesto:

—No se ría usted. Seguramente no se ha fijado nunca en la belleza del pescado.

Y sacando un pez que se halla todavía en la carrocería del coche,

continúa, dirigiéndose a la muchacha:

—Fíjese en el tornasol rosado de este salmónete.

El pescadero recoge, mientras tanto del suelo otra muestra de su mercancía y la exhibe triunfal:

—¡Eso es! Y fíjese en los besugos.

—¿Qué pueden encontrar de hermoso en un cesto de pescado?—dice Wally fastidiado.

—Sea lo que sea, huele muy mal—corroboró Laura, haciendo un mohín de asco.

Desagrado a Bill el orgullo que demostraba la muchacha y sus aires de superioridad, por lo que le respondió con ironía:

—¡Cómo puede usted comprender nada! Se trata de algo vulgar.

—¿Qué es lo que insinúa usted?

—¿Quién, yo? Nada en absoluto.

Y se desentiende de la joven para decirle a su acompañante:

—No quiero perder más tiempo. Enseñe a este hombre su carnet o llamo a la policía.

Durante toda esta conversación, Bill ha permanecido apoyado en la portezuela del lujoso coche descubierto, al lado de Wally, que es quien conduce. Este, que no sabía cómo salir del paso, le dió de pronto un puñetazo al joven, mientras le decía:

—Esto es lo que yo le enseño.

Pero el otro no había contado con la destreza de Bill, que le replicó rápida y oportunamente, perdiendo Wally por un momento la noción de dónde se encontraba. Esta ocasión aprovechó Bill para sacar de su bolsillo el carnet de conductor y pasárselo al pescadero, que tomó nota rápidamente de sus características para citarlo al juzgado. Mientras tanto, son varios los coches que se han visto detenidos por el incidente, pues entre el auto y el carrito bloquean completamente la calle, y los bocinazos impacientes aumentan cada minuto. Esta algarabía y los gritos de Laura hacen que Wally se recobre rápidamente e intente inútilmente poner en marcha el motor. Bill le tiende el carnet amablemente.

—Aquí tiene.

Y viendo que el otro no puede arrancar a pesar de sus esfuerzos, agrega:

—Creo que no ha puesto el contacto.

—¿Quiere dejarnos en paz de una vez?—contesta Laura furiosa.

En este momento, Wally, que ha descubierto por fin al intruso que le impedía maniobrar, se lo da a Laura, y el coche arranca al fin, con gran alegría de los otros vehículos, y la joven coge el pez y lo tira con

toda su fuerza hacia el joven, diciéndole burlona:

—¡Quédese con lo suyo!

Bill logra esquivar el golpe, pero recibe en sus brazos el pescado y pregunta:

—¡Oiga! ¿Sabe usted jugar al rugby?

El auto doblaba ya la esquina y sin duda la joven no oyó las últimas palabras de Bill. En cuanto a éste, al perder de vista a la atractiva muchacha, quedó unos momentos pensativo, y por fin tiró el pescado, dirigiéndose al obeso pescadero, que, después de levantar y arreglar su carrito otra vez, va recogiendo del suelo su mercancía, murmurando sobre su mala suerte.

—¿Ha visto?—le dice golpeándole la espalda afablemente—. Ya tenemos juicio.

—Puede que tengamos un juicio—contestó el hombre, desalentado—, pero yo no tengo pescado y son las doce.

—¿Las doce?—se asombra Bill, consultando su reloj de pulsera—. ¡Caramba, pues tengo que irme a casa! ¡Se me había olvidado que seré

padre de un momento a otro! Demos la enhorabuena.

—¡Enhorabuena! Eso sí que es un acontecimiento—afirma el pescadero sonriente.

—Sí.

Pero ante la lacónica contestación de Bill, el hombre recapacita y pregunta asombrado:

—Oiga: ¿es de veras que se le olvidó que iba a ser padre?

—Sí, desde luego. Debe disculparme. Adiós.

Bill se marchó apresurado mientras el pescadero dice al quedar solo, rascándose la cabeza con perplejidad e indignación:

—¡Se le olvidó que iba a ser padre! ¡Está loco! ¡Quince veces me ha hecho padre mi mujer y no se me ha olvidado ninguna!

Luego, al ver que todavía no ha vendido casi nada, decide sacar lo posible del pescado que le queda y, sacando los letreros que pregonaban la excelencia de su mercancía, los guarda con un suspiro de resignación y pone, en vez de ellos, otro en el que se puede leer: «Pescado averiado. A diez céntimos la libra».

¿CUNA O PECERA?

BILL ha llegado, mientras tanto, a la puerta de su lujosa mansión y llama al timbre con impaciencia. Un criado, impecablemente uniformado, le abre la puerta, y el joven pregunta emocionado:

—¿Cómo está? ¿Cómo sigue?

—Verá, señor, yo...

—Vamos, habla pronto—le apremió Bill, mientras se dirige rápidamente hacia el interior de la casa, seguido por el criado.

—Ya pasó todo, señor... Pero lo ha pasado muy mal.

—¡Oh, pobrecilla!—suspira el joven dirigiéndose hacia la escalera que conduce a las habitaciones.

—Han sido gemelos, señor.

—¡Cuánto me alegro!—dice Bill. Ambos han llegado a un lujoso

pasillo, y el joven abre la puerta de una elegante habitación que los extravagantes caprichos de Bill han convertido en acuario. Arrinconadas en la pared hay varias cajas de cristal con distinta clase de peces, y peceras encima de todos los muebles. El joven entra con grandes prisas.

—Pero... ¿dónde están?

—Aquí están—responde el criado, presentándole una hermosa copa de plata, producto sin duda de algún campeonato deportivo.

—¡Magnífico!—exclama Bill contemplando embelesado el contenido de la copa—. Pero... ¿dónde está la madre?

El criado, que con los años que lleva en la casa se ha aficionado también a la ictiología, enseña a su amo una espaciosa pecera en la que

un pececillo rosado da vueltas sin parar.

—Perdone el señor si me he tomado la libertad de dejarla sola, pero como he leído que esta clase de pez se come a sus crías me he apresurado a ponerlos en lo primero que he tenido a mano.

—¡Estupendo, Geoffrey!—dice el joven, agradecido—. Cada día te vuelves más entendido en historia natural.

—Me toma un interés paternal por ellos—responde el criado, satisfecho de la lisonja—. ¡Son tan preciosos estos canibalitos!

En aquel momento, el padre de Bill pasó por el corredor, y al oír las últimas palabras de su servidor, se sintió alarmado. El había mimado mucho a aquel hijo, al que quería entrañablemente, pero era un hombre de acción, que había amasado una gran fortuna con su propio esfuerzo y deseaba que su hijo se ocupase del negocio el día de mañana. Por eso detestaba los gustos de su hijo, y aquel día, temiendo que le hubiese cogido a Bill una nueva manía, se apresuró a entrar en la habitación alarmado.

—¿Quién dijo canibalitos?

En aquel momento fijó su vista en la copa que tenía el criado entre sus manos y se quedó verdaderamente asombrado. Tratábase de

una copa que había ganado de joven en un campeonato de tenis del que guardaba un romántico recuerdo por haber conocido en él a la muchacha que luego fué su esposa y que desgraciadamente murió al nacer Bill. Grande fué, pues, su sorpresa e indignación al ver que la habían cogido de su despacho sin ninguna ceremonia y llenado de agua.

—¿Qué hacéis con mi mejor trofeo?—gritó.

—Verás...—dijo Bill, azorado—. Es que... verás... tuvimos que...

—¡Usted perdone, señor—intervino el criado—, pero es que se trataba de un caso de urgencia.

Bill, al verse ayudado tan eficazmente, continuó:

—Es que acaban de nacer unas crías.

—¿En mi copa?—dijo el hombre, furioso—. ¡Esto es intolerable! ¡Conviertes la mejor copa que he ganado en mi vida, en una casa de maternidad!

Diciendo esto, el hombre cogió la copa de manos del criado y se disponía a echar a las crías otra vez en la pecera cuando su hijo le cogió del brazo, diciéndole:

—No los pongas ahí... Se los puede comer.

—Pues que se los coma. Todavía no estoy tan loco como vosotros, para preocuparme de estas tonterías.

—Pero...—dijo Bill para ganar tiempo—, es que son una belleza; míralos. Me parece que no te das cuenta de que por primera vez en la historia he conseguido hacer un cruce magnífico.

—De lo que me doy cuenta—replicó su padre, furioso—es que desde que saliste del colegio no has hecho más que llenarme la casa de peceras inútiles.

—¡Pero lo hago por la ciencia, papá!

—Déjate de monsergas, que todo esto son tonterías. Cuándo yo tenía tu edad...

—¿Guiabas un carrito vendiendo leche a domicilio—continuó Bill con el tono aburrido del que escucha una cosa tantas veces oída—, y has llegado a crear con tu esfuerzo una sociedad de cinco millones de dólares de capital.

—Así es, en efecto—dijo el padre, complacido.

—Ya sé que lo hiciste; y me enorgullezco de ello... Pero yo no tengo que hacerlo, y además, el pescado no va bien con la leche.

—Siempre estás diciendo tonterías.

—Mira, papá, aunque me llames loco, yo tomo esto muy en serio. me gusta estudiar los peces tropicales y quizá algún día seré un sa-

bio famoso y tú estarás orgulloso de ello. Si tú...

El padre, que no podía sufrir la manía de su hijo, dijo congestionado:

—Te advierto por última vez que no seré yo quien financie esta expedición a los mares del Sur.

—Ya encontraré yo quien lo haga—contestó Bill, agresivo.

—Claro—dijo su padre con ironía—. El mundo está lleno de gente deseosa de gastarse su dinero buscando peces en los mares del Sur.

—Yo lo encontraré—porfía Bill.

—¡No me hagas reír! Tú encontrarás...

De pronto, el hombre se atraganta y pide con ademán parentorio:

—¡Agua!

El joven transmitió la orden al criado, pero antes de que éste pudiera cumplirla, el padre de Bill se llevó a los labios la copa de plata con las crias y la apuró de un trago. El joven miró con desesperación impotente cómo se consumaba aquel acto, y dijo mientras se situaba delante de una pecera:

—¡No mires, desgraciada madre!

—¿Por qué no va a mirar?—preguntó el hombre, ajeno por completo a lo que acababa de hacer.

—¡Es que aquí estaban sus crias, señor!—se atrevió a explicarle el criado.

El padre de Bill los miró asombrado un momento, pues no sabía de qué le hablaban; pero de pronto lo comprendió todo y con un gesto de furor impotente cayó en una silla medio desvanecido.

En realidad, Bill no tenía quien le financiara su excursión. Ha mandado un aviso al capitán del yate de su padre para que esté a punto de zarpar hacia los mares del Sur aquella misma noche y cree que una vez en alta mar, su padre va a ser más tolerante con sus manías y le mandará todos los fondos que necesiten. Geoffrey, que es adicto por completo a su joven amo, ha preparado todo su equipaje con el mayor secreto y ambos se hallan en la habitación de Bill recogiendo las últimas cosas.

—No le habrás dicho a mi padre que me iba, ¿verdad?—le pregunta de pronto Bill.

—Descuide, señor. Ya sé que se trata de darle una sorpresa y no iba a traicionarle.

—¿No te habrás descuidado de nada?

—Todo está a bordo señor, incluso el equipaje.

El joven se acercó a su escritorio y se apresuró a escribir unas líneas. Le apenaba irse sin despedirse, pues como quería mucho a su padre, el irse sin su permiso le parecía una traición; pero por otra parte tenía un gran deseo de hacer aquel viaje hacia los mares lejanos, los evocadores mares del Sur, en cuyas aguas transparentes moraban los seres acuáticos que él ansiaba estudiar. Creía que llegaría a ser alguien dedicándose a la ciencia y por eso le molestaba que su padre se mostrase tan contrario a sus aspiraciones. Por eso se había decidido al fin a tirar adelante su plan y se despedía de su progenitor con unas humildes líneas de perdón. Cerró la carta y se la dio al criado con la promesa de que no entregaría la carta hasta la mañana siguiente. Luego cogió una valija, a la vez que Geoffrey cogía la otra, y abrió la puerta pausadamente. Ambos miraron arriba y abajo del corredor, y al ver que no había nadie, empezaron a bajar la escalera sigilosamente.

LA APUESTA

PERO el padre de Bill no era tonto. No le habían pasado inadvertidos los manejos que se llevaba el criado aquellos días y los misteriosos encargos que le daba su hijo, por lo que estaba enterado de todo y se mantenía vigilante al pie de la escalera para impedir la marcha de su hijo. Cuando éste y el criado llegaron al vestibulo y empezaron a andar de puntillas hacia la puerta, él salió de su escondite y siguió detrás de ellos también de puntillas y sin que los dos hombres se enteraran de nada. Abrieron ya la puerta cuando el padre gritó:

—¿Qué vais a hacer los dos? ¿Os fugáis? Eso es ridículo, hijo.

Los dos hombres se vuelven rápi-

damente y Bill pierde en un momento todo su aplomo.

—No... Es que... voy a dar una vuelta por los mares del Sur.

—¿Ah! ¿Conseguiste que te financiaran la expedición?—preguntó el padre con gran ironía.

—Sí—afirmó Bill ceñudo.

—Eso está muy bien. Te felicito.

El joven, al ver la incredulidad reflejada en la cara de su padre, creyó su deber explicarse un poco y dijo:

—Sí, me han financiado... y bastante bien. Un hermoso barco.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama?—repite Bill, que no sabe fingir y que no sabe cómo acabar el interrogatorio—. Pues... um... se llama «Moremaid».

—Conque «Moremaid», ¿eh? Muy bien. Y por lo visto pensabas llevarme mi yate «Normandica» como bote.

Bill se secó la frente con su pañuelo. Se sentía infinitamente pequeño y desgraciado. Hacía unos minutos bajaba por la escalera, alegre y optimista; le parecía verse a bordo del yate contemplando el mar azul y mentalmente adornaba a los peces con guirnaldas de florecitas acuáticas para darle la bienvenida, y he aquí que todas estas ilusiones jamás pasarían de ser un sueño. Poco a poco, las implacables palabras de su padre le hicieron volver a la realidad.

—He sabido que ordenaste en mi nombre que el «Normandica» estuviese dispuesto para zarpar esta noche, y ya estoy cansado de decirte que no quiero ser yo quien financie y apoye esta expedición.

—Pero, papá... yo estoy seguro de que haré descubrimientos maravillosos.

—Sí, los manicomios están llenos de descubridores.

—Papá, sé razonable. Hazlo por amor a la ciencia.

—No me importa la ciencia, ya lo sabes. A mí sólo me interesan los negocios.

Bill no sabe qué argumentos emplear para convencer a su padre, y le dijo, fingiendo una gran despreocupación:

—Te apuesto a que volveré con una colección de peces de la que tú mismo te sentirás orgulloso.

El padre, que se paseaba nervioso arriba y abajo del recibidor, seguido de su hijo, al oír estas últimas palabras se paró en seco. Acababa de ocurrírsele una idea luminosa. Daría una oportunidad a su hijo para interesarse en el negocio de las lecherías y de paso le daría una lección. Así que interrogó:

—¿Has dicho que apuestas?

—Es un modo de decir—contestó Bill, asombrado del efecto que habían causado sus palabras en su progenitor.

—Bueno—arguyó el padre—. Vamos a solucionar este asunto a mi manera.

—Como quieras—asintió Bill.

El viejo se sintió satisfecho. Por fin podía encauzar a su hijo y le iba a enseñar prácticamente la parte de la vida que él no conocía. Le haría trabar amistades entre sus empleados y comprender por sí mismo que la vida tiene también sus contrariedades y que cuando se desea una cosa vivamente, hay que hacer algún esfuerzo para lograrla.

—Te apuesto seis meses de crucero en el «Normandic»...

—¿Contra qué?—arguyó Bill, sorprendido de tanta generosidad.

—Pues para ganar deberás trabajar un mes en la lechería, como todos los demás, sin ninguna excusa y sin usar el apellido Norman para nada.

«¡Qué sencillo!», pensó Bill para sí, y se apresuró a contestar alegremente:

—Apostado.

—Un momento—siguió el padre con ironía—. Si te cansas, quieres dejarlo o fallas en algo antes de treinta días, te olvidas de este viaje y te quedas durante un año en el negocio. Si ganas... mala suerte para mí. Te dejaré en mi barco por amor a la ciencia.

El joven se sonrió. Durante algunos minutos había visto derrumbarse todas sus ilusiones, y las palabras de su padre hacían renacer en él la esperanza, y afirmó con aire arrogante:

—Aquí tienes el mejor empleado de la lechería.

—Puede ser; pero los buenos repartidores no llevan eso.

Y así diciendo el viejo, tiró por el suelo la elegante gorra de Bill, que llevaba grabado el nombre de «Normandic» y que, junto con el impecable traje blanco del joven, constituía la perfecta indumentaria de un elegante deportista.

—¿Repartidores? — se asombró Bill, que hasta aquel momento había creído que su trabajo se limitaría a pasearse un poco por el despacho.

En aquel momento se dió cuenta de que su padre hacía todo lo posible por hacerle perder la apuesta y empezó a bullir en él la sangre luchadora de los Norman: así que cuando su padre le dijo que tenía que presentarse dentro de dos horas en la lechería, esto no le extrañó en absoluto y se hizo el firme propósito de ganar la apuesta a toda costa.

EL ENCUENTRO

ESTA es la causa de que veamos al elegante y despreocupado millonario sentado al cabo de unas horas, ante el volante de una camioneta de reparto y silbando alegremente una cancioncilla de moda. Un largo paseo con pequeños y modernos chalets, bordeado de árboles, se extiende ante él, y a la brillante luz del día que empieza, Bill se siente optimista y satisfecho de la vida. Son muchas las ideas que pasan por su mente y le hacen sonreír, y sobre todo se ve camino de los mares del Sur, donde cree que va a hacerse famoso por el éxito de sus futuros descubrimientos.

Llevaba una lista con el domicilio de los clientes a los que debía

llevar la leche para el desayuno, y de trecho en trecho deteníase ante algún chalet, recogía las botellas vacías que encontraba ante la puerta y dejaba en su lugar las llenas. Se detuvo en una casita más pequeña que las demás y llamó a la puerta al mismo tiempo que hacía su trabajo. Pero sucedió que la puerta se abrió rápidamente y salió una provocativa muchacha rubia que sin duda acababa de saltar de su cama a toda prisa, a juzgar por su pelo despeinado y el camisón que salía por debajo de su bata; abrazó a Bill y antes de que éste pudiese hablar le dio un apasionado beso. De pronto se separó de él, diciendo asombrada:

—¡Dios mío! ¡Pero si usted es otro repartidor!

El joven se echó a reír de la cara de confusión de la muchacha y replicó mientras se marchaba, saludándola con la mano amigablemente:

—No se preocupe, señorita, por el incidente. A mí me agradó muchísimo y creo que a usted tampoco le desagradó.

Era ya media mañana cuando Bill llegó a una lujosa mansión y se dirigió hacia la puerta del servicio para cumplir su cometido. Lo que él no sabía, que era aquella la casa de Laura, la muchacha del coche cuya belleza admiró y cuyo carácter impulsivo había quedado plenamente demostrado en aquel episodio. La joven se dedicaba aquella mañana a cepillar unos trajes de chaqueta que había sujetado en la cuerda de tender la ropa. Para no ensuciarse llevaba un delantal de floreada cretona y una cofia del mismo género privaba de que se le ensuciase su linda cabellera. Laura, al ver entrar a Bill, que andaba aprisa y canturreando alegremente, quiere gastar-le una broma, y en el momento que el joven pasa por debajo de la cuerda, camino de la puerta de la cocina, ella, desde el otro lado, la afloja y le hace caer la gorra. Bill la recoge y se la vuelve a poner, y Laura, que le reconoció en aquel momento como el joven imperti-

nente del día anterior, decidió continuar la broma. Con tal fin, cuando el joven se levanta con las botellas vacías, mueve la cuerda y le hace caer la gorra por segunda vez, al mismo tiempo que se pone a reír a carcajadas. El joven, que, ensimismado en sus pensamientos, no se había dado cuenta hasta entonces de que se trataba de una broma, miró hacia el lugar de donde venía la cristalina risa y al momento identificó la muchacha.

—¡Vaya! ¡La jugadora de rugby!

—¡Y el señor de los peces!

—No esperaba verla tan pronto.

—¿Le va mal el negocio del pescado?—continuó ella, burlona.

—No, esto lo hago para entretenerme en mis ratos de ocio—contestó él en el mismo tono.

—Creí que su entretenimiento era mezclarse en los asuntos de los demás.

Laura, mientras tanto, descuida su trabajo, y Bill le aconsejó:

—No es eso lo que yo hago. Si lo hiciera, le aconsejaría a usted que cepillase ese vestido hacia el lado, en lugar de hacia abajo. Se ahorrará trabajo.

Instintivamente, la muchacha siguió el consejo y contestó al ver que adelantaba mucho más:

—Gracias.

—Oiga—porfió Bill mientras se

dirigía hacia la puerta de salida—. La última vez que la vi, iba usted muy elegante...

Laura hace cara de satisfacción, pero el joven acabó:

—... para ser una doncella en su día libre.

La furia de la muchacha estalló en aquel momento al ver que aquel apuesto joven, al que interiormente quería gustar, la había tomado por una doncella, y con el cepillo en la mano se preparó para lanzárselo por la cabeza.

—¡Cuidado, señorita!—le advierte burlón desde el otro lado de la verja—. O le diré a su ama que atropella a la gente con el coche.

—¡Y yo le diré que es usted un insolente!—dijo Laura volviéndose la espalda y dirigiéndose hacia la casa.

Pero Bill continuó:

—¡Oiga! Lo que pasó es que necesitaba que le diesen una lección y por eso se la di.

Laura no puede aguantar más y dice volviéndose:

—¿Que yo necesitaba una lección? Usted... usted sí que necesita quien se la dé.

Y enarbolando el cepillo se lo tiró a Bill con todas sus fuerzas, pero éste se agachó a tiempo y el cepillo cayó algo más lejos sin to-

carle. El joven lo recogió y exclamó volviéndose:

—Si tuviese tiempo, yo le contestaría a esto.

—Pues aun no ha recibido su merecido—arguyó Laura, a la que molestaba el aire de superioridad del repartidor.

—El jueves es mi día libre—comenta el joven con desparpajo—. Vendré a buscarla a las dos, y entonces le diré lo que pienso de usted.

Y diciendo esto, le tiró el cepillo a la muchacha, que se había vuelto de espalda con aires de princesa ofendida y le dio en el sitio donde acaba la espalda.

Entonces es él quien ríe, y ella, haciendo una exclamación de dolor, recoge el cepillo y se dispone a desquitarse. Pero ya Bill ha subido a la camioneta y al tiempo que pone en marcha el motor le recuerda:

—No lo olvide. Vendré a buscarla el jueves a las dos.

Laura tira el cepillo con fuerza hacia la calle al tiempo que arranca la camioneta de Bill y el proyectil va a dar en la cabeza del ocupante de un coche de turismo que acaba de detenerse frente a la casa y cuyo conductor no es otro que el acompañante de la muchacha. El día anterior. El visitante queda unos momentos atontado por el golpe que acaba de recibir y se pregunta de-

esperado quién habrá sido el que le ha agredido con tanta desconsideración.

La joven ha entrado mientras tanto en la casa y se dirige hacia un lujoso gabinete arreglado con exquisito gusto. Una dama de mediana edad, elegantemente vestida y maquillada con esmero, se hallaba delante de un bureau arreglando unos papeles y una criada cincuentona, con cara de mal genio, sacaba el polvo de los muebles con evidente mala gana. Laura se quitó, al entrar, el delantal y la cofia, que dejó con negligencia encima de una silla, y dirigiéndose a la sirvienta mandó con energía:

—Mary: si alguna vez te pido leche... no me la des.

—¿Por qué, señorita?

—Porque no me gusta el repartidor.

—¿Que no te gusta el repartidor?

—intervino la madre, interrumpiendo su tarea— ¡Vamos, niña, no seas tonta! No vas a fijarte ahora en los repartidores.

—Eso te crees tú— respondió Laura, pensativa.

Su madre la miró sorprendida. En su fuero interno hace tiempo que ha renunciado a entender el carácter y los actos de aquella hija decidida y turbulenta. Ella es una señora de inteligencia mediocre, cuya sola as-

piración es brillar en sociedad. Ese afán suyo de estar siempre en todas partes y su completa incapacidad para hacer nada de provecho, le han hecho perder el dinero que le legó su difunto esposo y hacen que la situación de la familia sea sumamente difícil y que la madre suefe constantemente en una boda ventajosa para su hija. Por eso, al aparecer Wally en su horizonte, la buena señora agotó todos los medios que estaban a su alcance para que su hija no le despidiese con cajas destempladas, como era su costumbre, y hacía todo lo posible para que aquel idilio acabase en boda y no dudaba de que su hija, gracias a sus argucias, aceptaría al fin a su candidato. Mientras tanto la criada, con la familiaridad que dan los salarios atrasados, intervino en la conversación:

—Oiga, señorita. ¿Por qué se ha puesto mi delantal y mi cofia?

—Es que he estado en el jardín sacudiendo mi ropa.

—¿Y por qué no deja que lo haga yo?

—Bastantes cosas haces tú—dijo Laura amablemente, yendo a apoyarse en el respaldo de la silla donde su madre estaba sentada para ver lo que hacía.

—El que no me paguen no es razón para que deje de hacer las cosas

que siempre hice—gruñó la mujer.

—¡Mary, por favor! No alboróte, que tengo que ordenar estas facturas.

—No se preocupe. ¡No puede pagarlas!—le aconsejó la incorregible sirvienta, mientras se iba hacia la cocina.

La madre se levantó y dijo a Laura:

—En cuanto pueda pagarla, la despediré.

—Si es posible algún día—puntualizó la joven, sentándose en un cómodo diván.

—Querida Laura — continuó la madre, sentándose a su lado—. ¿Por qué no tomas en serio todo esto y lo solucionas?

—¿Quieres decir que me case con Wally, no? Así se arreglará todo.

—En efecto. No sé por qué no te decides. Es un chico simpático, bien parecido y que sin duda te haría muy feliz.

En aquel momento volvió a entrar la criada, y al oír estas palabras intervino de nuevo:

—El señorito Wally no es un buen partido para ella, y si decide casarse con él, yo me marchó.

—¿Lo ves, mamá? A nadie le gusta.

—Bromea todo lo que quieras, pero no sé qué vamos a hacer.

Laura, que estaba cansada de vi-

vir de aquella manera, suspiró. Ella era una chica sencilla, que detestaba las deudas y suspiraba por vivir tranquila y sin el sobresalto constante de verse acosada por los acreedores. Por eso, aunque sabía que era imposible razonar con su madre, propuso una vez más:

—Podríamos intentar vivir con lo que tenemos.

—¿Con lo que tenemos?—se extrañó la señora mirando a su hija con asombro—. Jamás había oído tal tontería.

El intenso sonido del timbre cortó la conversación de las dos mujeres, y Mary se dirigió hacia la puerta con evidente mala gana, refunfuñando.

—Estoy harta de ir a abrir la puerta. No me dejan hacer nada de provecho.

El que llamaba, que no era otro que Wally, volvió a llamar con impaciencia. Tenía ganas de ver a su enamorada y también de que le curasen el chichón que llevaba en la cabeza y lo que menos podía suponer era que había sido Laura la que lo había tirado. Por eso entró en la salita con aire compungido y lastimoso, como si le acabase de suceder una gran desgracia.

La joven fué la primera que vió a Wally, que se había detenido en

la puerta con evidente indecisión, y le invitó a entrar exclamando:

—¡Dios mío! ¿Qué te ha sucedido?

La madre se levantó rápidamente y se dirigió hacia el joven con grandes muestras de afectuosidad y cariño:

—Ven, hijo mío. ¿Estás herido?

Y observando que la sirvienta contemplaba la escena sin hacer nada, ordenó con airo severo:

—Mary, trae agua y prepara una taza de café.

—Siéntate—le dijo Laura haciendo sentar al herido en el sofá y poniéndole detrás un par de almohadones.

—¡Oh...!—suspiraba Wally sosteniendo un pañuelo mojado sobre su frente.

Laura trajo unas vendas y se puso a curarle el chichón, mientras la madre continuaba preguntando:

—¿Qué te pasó? ¿Fue un accidente grave?

—Alguien me agredió—empezó

a contar el visitante, deseoso de alargar la escena y halagado por tantas atenciones.

—¿Le agredieron?—gritó la madre asombrada—. ¡Parece mentira, en pleno día!

Y continuó dirigiéndose a la sirvienta, que se hallaba un poco alejada:

—Mary, llama a la policía.

—¿Cómo fué eso?—interrogó Laura.

—No sé. Acababa de detener mi coche ante la casa cuando alguien, que seguramente quería deshacerse de mí, me tiró esto a la cabeza—y sacó de su bolsillo un cepillo.

Grande fué la sorpresa de Laura al reconocer el cuerpo del delito, pues no era otra cosa que el cepillo que ella había tirado a Bill sin lograr alcanzarlo, y que su mano, de un modo inconsciente, quizá guiada por el instinto que le hacía despreciar a Wally, había guiado al proyectil a la cabeza de su presumido pretendiente, al que toleraba solamente para no disgustar a su madre.

UN GRAN TRABAJADOR

MIENTRAS tanto, Bill, ajeno por completo a lo sucedido, seguía trabajando de firme y pensaba complacido en aquella linda muchacha que tan simpática le había sido desde el primer instante que la vio. Le divertía la vivacidad de su carácter y en su fuero interno se prometía domar a aquella fierrecilla, añadiendo así un nuevo aliciente a aquella apuesta que tan grata le estaba resultando.

Sonriendo llegó a la granja de su padre. De aquellos grandes edificios blancos de cal, salía toda la producción de la casa Norman. Más de cincuenta vacas vivían allí excelentemente cuidadas en sus modernos establos, usando para ordeñarlas los

métodos más modernos. Allí mismo varios empleados se cuidaban de embotellar la leche y los repartidores, entre los que se encontraba Bill, eran los encargados de llevarlas sin tardanza al domicilio del consumidor.

El encargado de la lechería era íntimo amigo del padre del joven. Había empezado con él en el negocio y su adhesión a los Norman era inquebrantable. Por eso el padre de Bill había ido a verle, diciéndole que vigilase constantemente a su hijo y que lo despidiese a la más leve falta. Esa era la causa de que Mack estuviese mirando el reloj y que lanzase un suspiro de alivio al ver entrar al joven, pues para él no dejaba de serle algo penoso al despedir al

hijo de su patrón, aunque éste le hubiese rogado que lo hiciese sin ninguna consideración.

—¿Qué tal, muchacho?—le saludó al entrar el empleado que le abrió la puerta.

—Bien, gracias — contestó Bill, sonriendo.

El empleado dejó al joven atareado en sacar las cajas vacías de la camioneta y entró en el despacho en el momento que Mack murmuraba:

—Ese repartidor nuevo...

—¿Quién, el hijo del amo?

—¿Cómo lo sabes tú?—contestó Mack, que creía que era el único en conocer la identidad del joven.

—No estaba seguro, me lo dijo usted—dijo el otro con desparpajo.

—¡Con el trabajo que tengo, tener que estar pendiente de si llega a su hora!

—¿Por qué se preocupa tanto?

—Porque si se retrasa un segundo tengo órdenes del viejo de despedirlo al momento.

—Por hoy puede descansar, llegó a tiempo—dijo Hoggins, el empleado, mientras se dirigía hacia la ventana y, levantando la transparente cortina, observó al nuevo empleado.

Mack le siguió y al ver a Bill que

había abierto la puerta trasera del camión y lo iba descargando:

—Fíjate cómo descarga el camión, a mano. Va a quedar reventado. Anda y enséñale.

—Ya voy.

Y esto diciendo, Hoggins bajó al patio y se acercó a Bill:

—¿Quieres que te ayude?

—Gracias — contestó el joven agradeciendo la oportuna ayuda.

—Yo siempre digo que hay que procurar hacer las cosas cómodamente—continuó el otro.

Bill dejó de trabajar y apoyándose en las cajas se secó el sudor que le corría por la frente, mientras Hoggins cogía las cajas con gran naturalidad y las ponía en un mecanismo automático que al dejar la caja vacía daba inmediatamente otra llena.

—Eso es formidable! — asombróse Bill.

—Nuestra obligación es procurar hacer el trabajo lo más fácilmente posible.

—Ya lo veo. ¡Y qué pronto se termina así!

Y cogiendo una botella del cajón, el joven se disponía a abrirla como premio a su trabajo, pero su nuevo compañero, que conocía el regla-

mento de la casa, no se lo permitió, diciéndole:

—¡No hagas eso nunca! Ahí dentro lo comprueban todo y esta libertad podría costarte el empleo.

—¡Leche, leche por todas partes y ni una gota para nosotros! —lamentóse Bill.

—¿Quieres beber alguna?—contestó el otro con cordialidad.

—Desde luego que sí.

—Pues ven y verás cómo se hace.

—Guíame, muchacho.

Ambos compañeros se dirigieron hacia los establos y allí pudo el joven asombrarse contemplando las rollizas vacas que pacían con regularidad, atendidas espléndidamente por la firma Norman y Cia., que se vanagloriaba de tener la mejor leche debido al trato esmerado que se daba a los animales. En efecto: Se las ordeñaba con un modernísimo mecanismo y estaban al cuidado de Mischa, un revolucionario polaco medio loco, que se pasaba el día hablándoles a las pacíficas bestias de sus avanzadas teorías y las cuidaba con más esmero que si fuesen sus hijas. Era un hombre completamente inofensivo a pesar de sus palabras, que nadie tomaba en serio, ni tan sólo las vacas, y aquel mediodía, cuando entraron los dos ca-

maradas, él se hallaba ordeñando con tristeza a su vaca favorita.

—Pobrecilla... Tú preferirías estar en el campo, al aire libre... Si yo fuera vaca no daría nada. No trabajaría para enriquecer al plutócrata.

Los dos nuevos amigos contemplaban la escena con aire divertido y Hoggins la interrumpió:

—¡Hola, Mischa!

Este volvió la cabeza sorprendido, y al ver los trajes blancos y las gorras con el nombre de la lechería que llevaban ambos, meneó la cabeza despreciativo:

—¡Uff! ¡Repartidores de leche! ¿Qué queréis?

Hoggins pensó entonces a azorar a aquel pacífico revolucionario y continuó con ironía:

—Mischa, ¿no conoces al hijo del amo?

El hombre se levantó de un salto. Al momento pensó que sin duda aquellos dos habían oído cómo desmoralizaba a la vaca y pensó que quizás lo despidieran por hablar contra la libertad.

—¿Este? ¿Este es el hijo del amo? —se asombró mirando al joven que reía alegremente.

Esta risa volvió al empleado a la realidad, y queriendo arreglar la cosa, dijo:

—Vaya, muy honrado... Ahora mismo le estaba diciendo a «Betty» qué buen hombre es su padre y qué bien nos trata a todos en el trabajo. ¿Verdad, «Betty»?

Sin duda el honrado animal no

quiso comprometerse con tales cambios de opinión, y como se trataba de un animal inteligente y vela fijos en ella los ojos de los tres hombres, creyóse en el deber de mugir con aire de duda.

EN EL PARQUE DE ATRACCIONES

HAN pasado un par de días y nos encontramos en casa de Laura: en la salita en que ya conocemos. Estos días la joven ha pensado mucho en el simpático repartidor y quizá sea debido a eso que se haya mostrado más esquiva que nunca a las atenciones de su adorador. El día antes se celebró el juicio del atropello del carrito de pescado y la joven defendió al pescadero con tal calor, que su novio se sintió ofendido sin saber por qué. Este es el motivo de que ambos se encuentren esta tarde discutiendo el asunto.

—No lo comprendo, Laura. No sé por qué motivo declaraste contra mí.

—Pues porque el pescadero tenía más razón que tú.

—Pero la broma me ha costado doscientos dólares.

—Bien gastados están —respondió Laura para acabar la conversación. Y levantándose, se disponía a salir de la habitación cuando entró su madre, arreglada para salir y saludó a Wally con familiaridad:

—Hola, Wally... ¿Estás lista, Laura?

—¿Lista para qué, mamá?

—¿Has olvidado que es jueves?

—dijo la buena señora, sorprendida—. Wally prometió llevar a pasear en su coche a algunos huérfanos protegidos míos.

Laura suspiró resignada. Estaba ya acostumbrada a obedecer a su

madre en sus pequeñas manías, aunque no podía dejar de pensar que sería más acertado que se cuidase de sus cosas y que no se metiera en compromisos de los cuales luego no sabía cómo salirse. Fueron las palabras de Wally las que le recordaron su cita con Bill:

—Hemos de irnos ya, querida. Son casi las dos.

—¿Jueves? ¿Las dos? ¡Oh, Dios mío!

Y saltando alegremente, se puso un sombrerito, cogió el monedero y salió de casa corriendo, sin más explicaciones.

—¿Qué le pasará a mi hija?—comentó la madre.

—¿Qué hacemos ahora?—desesperóse Wally.

Él había aceptado dar aquel paseo para estar con la joven y la perspectiva de ir solamente con su futura suegra y una caterba de chiquillos no le agradaba mucho. Se sentó, suspirando, en un sillón y dijo:

—¿Dónde habrá ido tan de repente?

—No sé, pero voy a llamarla.

La madre salió al jardín, pero Laura ya había traspasado la puerta y corría por el paseo. En aquel momento se acercaba un camión de reparto, pero no era Bill quien con-

ducía, sino un compañero suyo, que se había prestado amablemente a acompañarles. Desde lejos vieron la silueta de la joven haciendo señales y Bill sonrió:

—Ahí está. Esperando en la esquina.

—¡Vamos, muchacho! Te debe querer mucho porque no deja de hacerte señas. Sin duda está impaciente por verte.

—Así es—dijo Bill mientras el camión se detenía junto a la joven y él se dispuso a bajar.

—Hola, pequeña.

—Hola—respondió Laura muy seria.

—Le presento a mi amigo Hoggins.

—Mucho gusto—dijo el conductor tendiéndole la mano.

—¿Cómo está usted?—respondió Laura maquinalmente. Y continuó dirigiéndose al joven:

—Quería decirle que no puedo...

Pero Bill ha bajado ya del coche y Hoggins, pensando que se trata de algún secreto de novios, se dispone a irse:

—Adiós. Os dejo solos, que es como están mejor los enamorados.

—Adiós, Hoggins, que te vaya bien—respondió Bill sonriente.

—Por favor, no se vaya—replicó Laura; pero ya el camión empieza

a andar y el simpático Hoggins se despide de la pareja con un gesto amistoso.

—Trataba de decirle que no puedo salir con usted esta tarde—explicó Laura, nerviosa sin saber por qué.

—¡Ah! ¡Tiene miedo de lo que he de decirle! ¿No?

—No, nada de eso—respondió la joven, bajando los ojos al ver fija en ella la mirada de Bill—; es que he de salir con unos amigos.

—Vamos a la casa y los esperamos allí. A mí no me importa que vengan con nosotros.

Laura no sabe cómo explicarse. No puede presentar al repartidor a su madre y a Wally, aunque se siente cada vez más atraída por la simpatía del joven y no quiere perderlo, como cree que sucedería si le confesase su verdadera personalidad.

—No, no puede ser...—se excusó nerviosa—. Yo soy la doncella y...

—¿Laura?—gritó la madre desde el jardín.

—Esa es la señora, no quiere que salga—dijo indecisa. Mas al ver la cara compungida de Bill, toma de pronto una resolución—: ¡Vamos, aprisa!—dijo, y cogiéndole del brazo le hace subir a un autobús que ha parado delante de ellos.

Wally y la madre, que salen a la

puerta en aquel momento, se asombran de no ver el más leve rastro de la muchacha, y el futuro novio, a pesar de no ser un linco, duda un poco del cariño de una muchacha que le deja plantado sin más explicaciones.

—¿Usted cree que su hija quiere de veras ser mi esposa?—consultó con su futura-suegra, desalentado.

—Esté enamoradísima de usted—contestó la madre con desenfado.

—Entonces, ¿por qué supone usted que huyó así?

—Hace ya mucho tiempo que renuncié a entender a mi hija—suspiró la madre—. Aunque podemos ir sin ella. No podemos hacer esperar a los chicos.

—Claro que no—aprobó Wally sin convicción.

Pero creyó que no era aquél el momento oportuno de desairar a su futura mamá política y decidió hacer su gusto pensando conservar así a una potente aliada.

Mientras tanto Laura y Bill se acomodaban en el autobús, que iba casi vacío.

—Permítame que le pregunte... ¿dónde se encontrará con sus amigos?—interesóse Bill, asombrado ante el brusco cambio de pensar de la chica.

—¿Amigos?—repitió Laura, que,

contenta del éxito de su audacia, ya no se acordaba de lo que le había dicho a su compañero—. ¡Ah! Sí... Verá usted, yo creía que...

El cobrador la sacó de apuros, pues en aquel momento se dirigió a ellos con aire bonachón:

—¿Des a la feria?

—¿Feria? —repitió Laura—. Sí, claro... eso es... en la feria.

El cobrador cobró los billetes y Bill quedó algo asombrado. Bajaron algunas manzanas más lejos y Laura vió un gran jardín, extremadamente animado con toda clase de atracciones. Otra vez pensó en su madre y en Wally y decidió no entrar.

—Pero si dijo... —objetó Bill.

—No siga discutiendo. He de ir a casa.

—Me dijo que tenía que encontrarse aquí con unos amigos.

—Es verdad—tuvo que confesar Laura, que no sabía ya qué decir.

—¿Pues cómo los va a encontrar aquí si se va a casa?

—¿Quiero no hacerme tantas preguntas?—terminó Laura nerviosa, y para terminar aquella conversación permitió que el joven comprase un par de entradas y ambos entraron en el parque.

El ambiente era alegre. Multitud de chiquillos corrían de un lado para otro. De «la gruta encantada» sa-

lian sonrientes gran cantidad de parejas y sobresalían los uniformes entre el elemento masculino. Soldados con permiso y casi todos acompañados por alguna muchacha. Pasaban por las barracas de feria cuando vieron un nutrido grupo de personas ante un cartel anunciador de las maravillas del mar. Velase en él una enorme ballena, un pulpo gigantesco y una gran variedad de peces pintados con gran fantasía. Bill se paró allí, naturalmente, y oyó la voz del charlatán:

—Pasen, pasen todos a ver las curiosidades de las profundidades submarinas. No pierdan este espectáculo nunca visto. Los monstruos del mar vistos con toda comodidad. Pasen, pasen todos, señoras y caballeros, vean los peces más raros y difíciles de capturar.

El joven se ha abierto paso a codazos hasta llegar al pie de la tarima del charlatán, y éste sigue su discurso señalando con el índice las distintas clases de peces que va enumerando, sin fijarse en el nuevo oyente:

—Vean los tiburones. Las carpas. Las merluzas... y sobre todo observen este enorme pulpo devorador de hombres.

—Perdone—le interrumpe Bill— ¿Ha dicho devorador de hombres?

—Sí, eso es, devorador de hombres—afirma el charlatán, sorprendido.

—No creo que exista tal cosa—siguió el joven.

—Pasen, pasen y vean al único pulpo devorador de hombres — siguió el charlatán, al ver que aquel oyente le hacía perder la clientela.

—Eso es imposible — siguió machacando Bill.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí, estúpido? — increpó el charlatán al ver que el público se le iba. — ¡Largo ya! Vean el devorador de hombres.

—Eso es ridículo — insistió Bill.

—¿Testarudo, eh? Señoras y caballeros, ese joven no cree en la voracidad del pulpo.

—No es eso — se explicó Bill —, es que en la familia de los octopus no existe caso alguno de antropofagia.

—¡Eh! — exclamó el charlatán, asombrado y molesto ante una erudición inoportuna.

Pero el joven, que le encantaba hablar de su tema favorito, no se fijó en que las gentes se iban hacia otras barracas y sólo quedaban él y Laura ante el charlatán.

—...Como le iba diciendo, no dudo de que existan pulpos voraces, pero no devoradores de hombres.

—¡Váyase de una vez! — vociferó el charlatán.

—Desde luego — concluyó Bill, dándole el brazo a Laura, y ambos se perdieron entre el gentío mientras el anunciante del acuarium se secaba el sudor de la frente y continuaba declamando ante la indiferencia de los paseantes.

—Pasen y vean al octopus devorador de hombres.

Mientras tanto los dos jóvenes iban paseando y hablando amigablemente.

—¿Ve cómo se mete siempre donde no le llaman? Ha dejado al pobre hombre sin clientes.

—No merece tenerlos — contestó Bill con decisión.

—¿Tan en serio toma eso del pescado?

—Claro que sí, antes de mucho voy a ir a los mares del Sur a estudiar los peces tropicales.

La muchacha sonrió con suficiencia. Le hacía gracia el aplomo con que hablaba aquel apuesto repartidor. En su fuero interno lo comparaba con su apocado pretendiente y poco ganaba el último en la comparación. De todas maneras ella era una chica equilibrada que comprendía que no se podía vivir decentemente con el sueldo de un empleado y que tampoco podría éste per-

mitirse jamás el lujo de hacer un viaje a los mares del Sur. Por eso su tono fué de cortante ironía al replicar:

—¡Ah! ¿De veras?

—Desde luego.

—Es maravilloso que paguen salarios tan elevados en una lechería.

Entonces se dió cuenta Bill del equívoco de la situación, y replicó:

—Oiga. No voy a ser siempre lechero.

—Claro que no—se burló ella—. Podría usted ser chofer en otro sitio.

—Sí, podría ser... bueno—terminó él—. ¿quiere que subamos al tobogán?

—Lo detesto. Prefiero que me hable de peces.

—No hay nada que me guste más que hablar de ello y además así se ilustrará usted.

Mientras tanto la madre de Laura había ido a buscar a sus huérfanos acompañada de su futuro yerno y por una burla del destino habían decidido ellos también ir al parque de atracciones. Los ocho niños, con cara de pillines, aprovechaban aquella salida para molestar lo más posible y querían subir a todas las atracciones y meterse en todas partes, con gran desesperación de Wally, que temía perder alguno de

ellos. Por fin había logrado meterlos a todos en el laberinto, del cual salieron más traviesos que nunca. Laura los vió al momento y viendo que se dirigían hacia donde ellos estaban, propuso a Bill:

—Venga, vamos en seguida al tobogán...

El joven se acercó a la taquilla seguido de Laura y mientras compraba los billetes comentó:

—Es usted algo rara, señorita. Hace un momento que acaba de decir que detesta estas cosas.

—Sí, ya lo sé—dijo ella impaciente—. Pero he cambiado de opinión... vamos en seguida.

—¡Los billetes!—exclamó Bill, corriendo tras ella.

Pero ya la joven había entrado en el tobogán y su prisa estaba justificada porque su madre, Wally y los niños acababan de salir de la barraca de al lado y pasaron por delante de la taquilla en el momento en que los jóvenes entraban en el tobogán. Wally explicaba con aire paternal:

—Y ahora os daremos un paseo en el carrusel.

—Mejor en la rueda grande—pidió otro chiquillo.

—¡Oh, no!—contestó Wally, asustado.

—No tema. Yo cuidaré de usted—dijo el niño con ademán protector.



—Creo que ambos admiramos a los peces.



—¡Vaya con la jugadora de rugby!— dijo el joven mirando cómo el coche doblaba la esquina.



—¿Acostumbra siempre a meterse usted donde no le llaman?



—Creo que es demasiada frescura el que hagas servir de casa con una copa preferida



—Si me molesta usted, voy a tirarle el cepillo por la cabeza.

—Te cambiado de opinión. Vamos al tobogán.



—Me han agredido por la espalda.



—Si esta vaca me hiciera caso no serviría para enriquecer al plutócrata.



—Contemplan, señores,
a este enorme pulpo, devor-
rador de hombres...

—Vaya, muchacho, veo
que no te han tratado muy
bien. ¿Quieres un taxi?



—La tercera vezita, jóvenes, la paga la Compañía.



—Pues debo salir inmediatamente.

E L R A P T O D E L A U R A



—Pues es bonita la mu-
chacha.

—Ya podemos volver al
cantón. Han perdido nues-
tra pista.



—¿Sabía usted si tenía algún amigo?



—No te preocupes. Tiraremos las botellas de leche para que no nos alcancen.

al ver la cara de susto de sus acompañantes.

Mientras tanto los dos jóvenes se han internado en el laberinto de vías y montañas que formaban el tobogán hasta llegar al punto de partida donde se encuentran ya otras personas atendidas por un servicial empleado. Antes de que empiece a funcionar advierte así al público:

—Debo decirles que la compañía no responde de accidentes.

Laura no sabe qué hacer. Le asusta la velocidad y quisiera retroceder, pero Wally y su madre están todavía delante de la taquilla y por eso cree necesario revestirse de valor y dar una vuelta en aquella movidísima atracción.

—¿Vamos?—la apremia Bill.

—Vamos—responde resignada.

Aquel tobogán era algo infernal, subía y bajaba a gran velocidad con sacudidas súbitas y bruscas. La joven se acercó a Bill, que la rodeó con su brazo con aire protector y se sintió más hombre al lado de la muchacha asustada que se acercaba a él en demanda de apoyo. En aquel momento pensó abstraído en lo feliz que podría ser su vida teniendo a su lado una muchacha como aquella, en su infancia triste de niño sin madre y en la felicidad de encontrar siempre en su hogar una mujercita en-

cantadora. Tal vez por eso la apretaba cada vez un poco más, sin darse cuenta exacta el mismo de sus confusas impresiones que presagiaban con exactitud el comienzo de un amor. Detrás de ellos no cesaban los gritos y el tobogán se detuvo al fin con un gran ruido de chatarra. Bill se sintió disgustado al ver que su ilusión había durado tan poco, pero otro señor, que sin duda había ocupado su tiempo en pensamientos menos románticos, bajó a escape gritando al empleado:

—Oiga, cuando suba usted, tráigame el estómago, que me lo déje arriba.

Laura, que se sentía contenta de bajar, pero en aquel momento divisó a uno de los chiquillos que llevaba su madre que se adelantaba para subir al tobogán y creyendo que su madre y Wally no andarían muy lejos, dijo:

—Demos otra vuelta, por favor...

—¡Caramba! Y decía que no le gustaba. Demos las vueltas que usted quiera.

—Suban de nuevo, aprisa—gritaba el empleado, y miró a los jóvenes sonriente y diciendo tal vez para sus adentros: «Y luego dirán de la juventud de hoy!»

Bill se sentía satisfecho de estar

al lado de Laura, pero ésta empezaba ya a marearse. Bajó del tobogán pensando que había terminado ya su suplicio pero el empleado los detuvo:

—No salgan todavía, señores. Les daré otra vuelta gratis, pues la tercera es por nuestra cuenta.

Aquello fué desastroso. Bill no tuvo ya ánimos para pensar en nada y Laura ya no sabía ni dónde estaba. Llegaron a la meta como dos fardos y el empleado tuvo que ayudarlos a bajar mientras les proclamaba las excelencias del parque de atracciones.

EN LA LECHERIA

PERO el amor seguía su labor, y los dos jóvenes continuaron viéndose a menudo y a pesar de ignorar mutuamente su verdadera posición social, se sentían atraídos el uno hacia el otro. Hoggins y Bill se habían convertido en excelentes amigos y era el confidente de esos amores. Últimamente, al ver que Bill tomaba muy en serio el idilio, decidió decirle a su jefe lo que sucedía, y Mark sonrió al oír la noticia, contento de poder burlarse un poco del padre del muchacho, el viejo Morgan, al que le unía una gran amistad, y de paso hacerle comprender que no era aquél el ambiente más apropiado para su hijo. «¡Qué responsabilidad voy a sacarme de encima!», pensó para sí, y

esperó la oportunidad de hablar con el padre de Bill, que llegó aquella mañana a la lechería, ajeno por completo al disgusto que le iban a dar. Saludó a Mark, y en seguida le preguntó por su hijo.

—La verdad es que es el mejor repartidor que hemos tenido—respondió Mark.

—No puedo comprenderlo. Tres semanas y ni un solo fallo.

—Ninguno en absoluto. Yo creo que va a ganar la apuesta.

—¿No será que tú le toleras muchas cosas?—gruñó el padre en tono amenazador.

—¡Claro que no! No lo necesita dentro de la lechería. Naturalmente, que su conducta fuera de aquí no me interesa.

El viejo Morgan captó en seguida

el doble significado de la frase y se apresuró a inquirir:

—Esa observación... parece que sabes algo. ¿Qué quieres decir?

—Pues... en realidad nada que tenga que ver con el negocio.

—Sí, pero sin duda tiene que ver con mi hijo. Di lo que sea.

—Verás... dice... dicen que está enamorado de una chica de servicio.

—¿Mi hijo? —repitió el padre anonadado, dejándose caer pesadamente en la silla más próxima.

—Sí—remachó Mark—, no tiene nada de malo pero pensé que era mejor que lo supieras.

—¿Que no tiene nada de malo! —dijo el buen hombre, poniéndose las manos en la cabeza con gesto de desesperación—. Primero los peces, luego los mares del Sur y cuando logro apartarlo de ello me sale ahora con una chica de servir! Eso es desesperante. Voy a arreglarlo ahora mismo.

—Hombre, por Dios, no te lo tomes tan a pecho. Tómallo con calma y no te enfades.

—¿Quién se enfada? —aulló el padre, paseándose con impaciencia por el despacho para calmar sus nervios.

En aquel momento entró Bill, y al ver a su padre de espaldas, no lo reconoció e iba a retirarse cuando al

oír su voz el hombre se volvió de pronto y su hijo le dijo alegremente:

—¡Hola, papá! ¿Qué te trae por esos parajes?

—Vengo a comprobar lo que me dicen. Tengo noticias de que te portas muy bien.

—Así es, en efecto. Siempre puntual y cumpliendo.

Mientras está hablando el viejo Morgan, que está de espaldas a la mesa, hace a Mark signos para que se vaya, pero éste, que quiere enterarse de lo que pasa y además aprecia mucho al chico y sabe que el viejo le va a dar un rapapolvo, por lo que retrasa su salida. Pero Morgan, que va derecho al grano, abre la puerta y le dice:

—Afuera hace fresco.

—Bien, bien, ya entiendo la indirecta—contesta el otro sin inmutarse mientras se va.

Bill se ha puesto mientras tanto a mirar unas revistas sobre la cría de vacas y al ver que su padre le mira ceñudo y sin hablar, comenta:

—Te sorprenderás al ver lo que he aprendido acerca de la leche.

—No se trata de eso ahora. ¿Qué es eso que me han dicho de que sales con una chica de servir?

—¿Te refieres a Laura?—respondió Bill dejando su actitud indiferente—. Espera que te la presente. La adorarás.

—Nada de eso. Ni yo voy a adorarla ni tú tampoco.

—Para meterte en este asunto es demasiado tarde. La quiero y he decidido que la planeada excursión a los mares del Sur será nuestro viaje de bodas.

—¿Qué dices? —dijo el padre, botando del asiento—. ¡Eso es imposible!

—No te excites. Ella no lo sabe y no le diré nada hasta que no haya ganado la apuesta.

Estas últimas palabras hicieron comprender al padre de Bill que todavía podía evitar lo que él creía un tremendo disparate y pensó hacer por su parte todo lo posible para que su hijo no lograra ganar. Así que al responder lo hizo con una gran ironía:

—Haces bien en puntualizar, pues aun queda una semana. —Y cambiando de tono, añadió—: ¡Te he venido a ver porque acaba de llegar tu prima, que desea ir esta noche al baile de beneficencia, así que tendrás que acompañarla.

—Lo siento, pero esta noche estoy comprometido.

—Rompe el compromiso.

—No, no puedo.

—¡Te digo que lo hagas! —gritó el padre encolerizado.

—¡Y yo digo que no!

—Lo harás! —aulló el viejo Morgan dando un fuerte puñetazo en la mesa.

—No —contestó Bill lacónicamente.

—Escucha —continuó el padre con aire conciliador—. Cuando yo digo que quiero que hagas una cosa debes hacerla.

—No.

En aquel momento se entreabrió la puerta y entró Mischa, el encargado del establo. Al ver a sus jefes, sonrió sin ganas y dijo con aire de quien cumple una penosa obligación:

—Buenos días, señor Morgan, me alegro mucho de verle por aquí. ¡Cuánto tiempo hace que no venía!

Y al comprender que estaba estorbando y que su esfuerzo social no era correspondido, creyó que querían hablar de sus cosas y se despidió diciendo:

—Su hijo vale mucho. ¡Qué trabajador y qué obediente!

Pero fué tal la mirada que le dieron los Morgan que el hombre se apresuró a cerrar la puerta a escape y al verse sólo suspiró con desagrado:

—¡Qué gente! ¡Uf!

LA DECLARACION

AQUELLAS tres semanas que habían sido de intensa felicidad para Laura y Bill, habían sido, en cambio, de tortura para el pobre Wally, el cual veía que su adorada se alejaba cada vez más de él y que todos sus intentos para atraer su atención resultaban inútiles. Habría abandonado el empeño a no ser por su futura suegra, que no comprendía la conducta de su hija y que procuraba con sus atenciones y su trato compensar al joven del despeggo de Laura. Pero éste se iba cansando ya del juego y desesperaba de que la joven le diese el sí, por lo que había decidido en su fuero interno declararse a Laura en la primera ocasión y salir así de dudas. Por eso se encuentra esta tarde en

casa de su adorada platicando como siempre con su futura mamá.

—Yo quiero casarme con Laura. Ya sabe que estoy loco por ella.

—Sí, lo comprendo.

—¿Y, siendo su hija, no puede usted convencerla? Dígale por lo menos que vaya al baile conmigo y así saldré de una vez de dudas.

—¿Si pudiera llorar para conmovirla! Seguro que le haría caso. Pero no consigo llorar.

Wally, que se crea un genio tocando, se acerca al piano con aire teatral y propone:

—Tal vez con algo de música.

Y se pone a cantar una romanza con tan poca escuela que hasta la criada se apresura a entrar al comedor a ver lo que pasa.

—Para, Wally, temo que no me

sirva—dice la mamá, que teme protesten los vecinos.

—Como que no sabe hacer nada bien—rezonga la criada en voz baja.

—¡Tengo una gran idea!—dice la madre, que arruga nerviosa entre sus manos un elegante pañuelo de encaje. Se lo tiende a Mary, que permanece contemplando la escena con cara avinagrada, y le dice:

—Tráigame una cebolla envuelta ahí.

Y en aquel momento entró Laura. Saludó amablemente a su madre, dejó el sombrero y los guantes encima de una butaca y al ver que nadie le decía nada, preguntó:

—¿Qué os pasa? ¿Qué ocurre?

—Tú tienes la culpa de todo—empezó la mamá y Wally asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Que?—dijo Laura, ajena por completo a lo que se le esperaba.

—Si quisieras ir a ese baile de caridad...

—Lo siento, pero ya te he dicho que no puedo. Tengo otra cita.

—¿Lo ve?—interrumpió Wally, molesto—. No tiene ningún interés por mí.

La entrada de la criada interrumpió por un momento la conversación y Mary, con un aire muy estirado, llegó hasta el diván, donde estaba sentada su señora y le entregó su pañuelo embadurnado de cebolla.

—Gracias, Mary—dijo la mamá, restregándose los ojos con él y fingiendo estar ahogada por la pena ante la desobediencia de su hija.

—Después de todos los sacrificios que he hecho por ti...—gemía.

—Por Dios, mamá, no llores.

—¡Fíjate en tu pobre madre!—remachó Wally a punto también de echarse a llorar por haberle pasado por delante el pañuelo de su futura suegra.

La joven pensó entonces que tenía el corazón muy duro y como idolatraba a su madre accedió a lo que se le pedía.

—Deja de llorar mamita—dijo abrazándola—. Si esto te causa tanta congoja romperé mi compromiso.

—¿De veras?—exclamó la señora, apresurándose a esconder el pañuelo debajo de un almohadón.

—Sí, mamá, te lo prometo.

La joven subió a arreglarse a su habitación, mientras Wally se despedía satisfecho de haber logrado su propósito.

Pero Laura ya no se acordaba de él. Era jueves y Bill la esperaba para salir. No quería preocuparse por lo absurdo de sus amores con un lechero, y era feliz, aunque se prometía en su fuero interno aclarar el equivoco en la primera oportunidad.

Cuando salió Bill la esperaba en

la esquina, mirando el reloj con la impaciencia propia de los enamorados. Al ver llegar a Laura sonrió alegremente, saludándola cariñoso. Aquella tarde pasó para ellos como un instante y cuando Bill la acompañó por fin a su casa iban ambos preocupados por sus mutuos problemas. Por eso Laura quería prolongar aquellos deliciosos momentos y se paró un momento al divisar la verja de su casa.

—Ya hemos llegado. Éste es mi lugar de trabajo.

—Quizó después del viernes no tengas que volver a trabajar.

—Eso sería muy agradable si fuese verdad — contestó marchándose. Pero Bill la detuvo, diciéndole:

—Laura, tengo algo que decirte.

La joven pensó que había llegado el momento temido de tener que confesar su verdadera personalidad y contestó tristemente:

—También yo tengo algo que decirte.

—Te quiero, Laura. Pero no me contestes hasta el sábado por la noche. No quería decirte lo hasta entonces porque... bueno, porque sí.

—Pero Bill, yo temo...

—No, querida, ahora no debes decir nada... Hasta mañana noche.

—Yo no puedo salir contigo mañana por la noche. Tengo mucho trabajo.

Bill pensó entonces que podía quedar bien con su padre y acompañar a su prima al baile de la caridad, así es que dijo casi inconscientemente:

—¡Qué suerte!

—¿Te alegras de que no salgamos juntos?

—No quise decir eso, quise decir que... que puedo esperar el sábado. ¿Esperarás tú?

—Claro, Bill.

Y los dos amantes se despidieron cariñosamente sin imaginar siquiera la jugareta que la traviesa diosa Casualidad les estaba preparando.

* * *

La prima de Bill era una muchacha muy bonita y extremadamente coqueta. Aquella noche, vestida con un traje blanco que enmarcaba la forma perfecta de su cuerpo, estaba muy seductora, y al bajar la escalera miró a Bill que la contemplaba preocupado, pensando en Laura. Ella bromeó:

—El que yo sea tu prima no quita que me digas que estoy bonita.

—Lo siento — excusóse el joven —. Es tarde.

Y mientras el criado les abría la puerta de la casa y el obsequioso chofer les saludaba atentamente, entraron en su lujoso coche.

Bill no decía nada y por fin su prima rompió el silencio:

—No he visto jamás un hombre tan aburrido a mi lado.

Un gruñido fué la contestación del joven, embebido en sus propios pensamientos.

—¿Estás enamorado? —interesóse ella.

—Sí—murmuró fastidiado.

—Si es así, te disculpo. ¿Es bonita?

Bill entonces desató su lengua para decir encantado de que alguien le escuchara.

—Claro que lo es. Es la más bonita, la más simpática, la más buena, la más perfecta de todas las mujeres. La...

—Sí, ya sé —repitió la prima, arrepentida de haber suscitado un tema tan gastado—. Todas son así para sus novios.

El joven volvió otra vez a su aire de apático aburrimiento, murmurando:

—Ya sabía que no me comprenderías.

Pero la primita no se conformó con aquel desaire, y como era muy habladora, llamó por los cristales al chofer, que conducía muy serio:

—Oiga, Bennett, yo he de hablar con alguien y mi primo no me hace caso. Escuche: ¿Ha oído el chiste de

las solteronas que iban a la escuela nocturna?

Sin duda Bennett conocía el chiste, pues se echó a reír a carcajadas, tardando unos momentos en recobrar su compostura y empaque de chofer de postín.

El coche se detuvo en un elegante hotel y el joven dió el brazo a su prima, llegando ambos al salón de fiestas, brillantemente iluminado. En la pista estaban bailando un fox lento y el maitre, obsequioso, les acompañó hasta su mesa. La concurrencia era de lo más selecto y los trajes negros, de corte perfecto, de los caballeros, lucían más nivea y transparente la belleza de las mujeres ataviadas con las atrevidas creaciones de los mejores modistos. Bill retiró la silla para que su prima se sentase, y en aquel momento alguien le empujó y al volverse se encontró frente a Laura. Fué tal su sorpresa, que sólo pudo exclamar:

—¿Tú!

Ella, con más presencia de ánimo, puntualizó con ironía:

—Vaya... casi no te conozco sin el uniforme de la lechería.

—Supongo que éste será el mayordomo—se burló Bill.

Wally, que no entendía nada de lo que pasaba, se sintió ofendido ante tal suposición e intervino molesto:

—Usted me ofende. Yo no soy ningún mayordomo. Soy su novio.

—¿Qué dice que es?—aulló Bill, encarándose con él.

Pero en aquel momento Laura se dio cuenta de la prima de Bill, que contemplaba sonriente la escena y los celos la impulsaron a decir:

—Ahora comprendo porque estabas tan contento de no salir conmigo esta noche.

—No seas tonta—trató de justificar él—. Esta señorita es mi prima.

—Tu prima...—burlóse Laura—. Ni siquiera eres original.

—Escúchame—le rogó Bill cogiéndola del brazo.

Entonces intervino Wally, que se encaró con Bill, diciéndole:

—Haga el favor de no molestar a mi novia.

—¿Su novia?—enfurecióse el otro—. No me haga usted reír.

—Bill, querido...—dijo la prima, sujetándolo y tratando de apaciguarlo.

—«Bill, querido»—imitó Laura, desesperada y a punto de llorar—. Vaya primita.

Entonces fué él quien protestó:

—Si hay algo que explicar, hazlo tú la primera. Tú fuiste la que dijiste que no sabía.

—No explicaré nada, ni me importa lo que tú tengas que explicar.

Bill, sin darle importancia a la gente que les miraban burlescos, no dejó que Laura se marchara, como era su intención, exigiendo:

—¡Vas a hacerlo ahora mismo!

—¡Deje en paz a mi prometida!—gritó Wally.

—No se meta en nuestros asuntos—aulló Bill, cogiéndole por las solapas.

—No me va a asustar con esto.

—No, pero es que me preparaba para darle un puñetazo—contestó Bill, dándole un directo con rapidez.

Pero el otro se lo devolvió ágilmente, y al momento intervinieron los camareros, que separaron a los dos contendientes, y cogiendo a Bill, que no cesaba de forcejear y decir que iba a matar a Wally, lo pusieron lindamente en la calle por la puerta del servicio, en el mismo momento en que pasaba por allí un camión de la casa Norman y Compañía, conducido por Hoggins, que miró con curiosidad cómo echaban a un hombre en medio de la calle, y no tardó en reconocer a Bill y le saludó alegremente:

—¡Hola, elegante!

El joven, que se sacudía el polvo del traje sin notar que era observado, levantó la cabeza y contestó:

—¡Hola, amigo!

—¿Quieres un taxi?—se ofreció

E L R A P T O D E L A U R A

el empleado, servicial, abriéndole la portezuela.

Pero Bill no le contestó, atento solamente a sus pensamientos, mientras murmuraba entre dientes, con ira:

—¿Su novia!

Mientras tanto, en el salón de baile, Laura se apresuraba a auxiliar a Wally, que había quedado malparado en la pelea, y la prima de Bill se acercó también y alargó al herido

una copa de champaña. Este volvió en sí, murmurando:

—¡Me ha pegado!

—Por haberle dicho que somos novios—protestó Laura.

—Pero vamos a serlo, ¿no es cierto?

La pregunta no podía ser menos oportuna, y la contestación no se hizo esperar:

—No, ni lo seremos nunca. Vamos, levántate y llévame a casa.

EL NUEVO PRETENDIENTE

La prima de Bill, que era una buena chica, comprendió al oír esta conversación que todo lo sucedido no tenía importancia real si los jóvenes se percataban de que se querían mutuamente; así es que se apresuró a salir para ver si encontraba a Bill. Este permanecía apoyado en el camión, sin acabarse de decidir a marcharse.

La prima de Bill, que era una buena chica, comprendió al oír esta conversación que todo lo sucedido no tenía importancia real si los jóvenes se percataban de que se querían mutuamente; así es que se apresuró a salir para ver si encontraba a Bill. Este permanecía apoyado en el camión, sin acabarse de decidir a marcharse.

La muchacha corrió hacia él, haciéndole señas.

—Oye, Bill, no es su novia. Ella mismo lo ha dicho y yo lo oí.

El joven, que no pensaba más que en la presunta infidelidad de Laura, aceptó en seguida aquel consuelo con entusiasmo y se estiró el traje con esmero, con la intención de volver a entrar. Pero su prima le detuvo.

—No te molestes. Se han ido a casa.

—Pues vamos a su casa en seguida, vamos—exclamó Bill, mientras se apresuraba a subir al camión.

Hoggins dijo entonces, con preocupación:

—No sé nada de todo esto, pero recuerda que antes de una hora debes estar en la lechería...

—¿Que se espere la lechería!
¡Vamos!

En aquel momento se acordó de su prima y concedió:

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Ella se dió cuenta de su estado de ánimo y contestó con despreocupación:

—No te preocupes por mí. Bennett me acompañará—y continuó agitando la mano—: ¡Buena suerte!

Verdaderamente, esto era lo que le estaba haciendo falta a Bill, a quien parecía que le persiguiese un hado adverso. Su compañero le advertía, diciendo:

—¡Pero chico! ¿Lo has olvidado? Es tu último día de trabajo. Y tu padre está esperando cogerte en falta...

El joven, como buen enamorado, no atendía a razones y lo único que le importaba en aquel momento era hacer las paces con su novia. Cuando Hoggins se dió cuenta de que sus buenos consejos no eran tomados en consideración, rezongó:

—Yo haré lo que tú quieras, pero esto es tu funeral.

Pero el verdadero duelo estaba en casa de Laura. Esta, desde que llegó del baile estaba llorando, sin que nadie pudiera consolarla y sin

que ni su madre, ni Wally, ni Mary, a pesar de todos sus esfuerzos, lograsen aclarar el motivo de su pena. Su madre la llevó a su cuarto, y ella se echó en la cama, desesperada.

—Vamos, querida, no llores más—apuntó Wally, tímidamente.

—Déjala que llore si ese es su gusto. Así es feliz—contestó la criada, en quien era un hábito meterse con el pretendiente de su señorita, al que no podía soportar.

No seas tonta, Mary—intervino la madre—: ella no es feliz. Se ríe cuando se es feliz y se llora cuando se es desgraciado.

—¿Por qué no me dejáis en paz?—hipó Laura.

—Tiene razón—aprovó Wally—. Por favor, marchaos las dos en seguida. Yo la consolaré.

Pero Laura no se conformó con tal arreglo, y Wally tuvo que marcharse también, mientras la joven se secaba las lágrimas, considerándose el ser más desgraciado de la tierra.

En aquel momento llegó Bill, y bajando del camión se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Laura! ¡Laura! Sal, por favor, quiero hablar contigo.

Y continuó aullando con toda su fuerza:

—¡Laura!

La joven se levantó y su primer impulso fué dirigirse a la puerta. Luego pensó que lo mejor era asomarse al balcón y así podría volverse adentro más fácilmente si las razones de Bill no la convencían. Sin duda él le pediría perdón... y pensando esto se asomó.

Pero Bill no era nada diplomático, y al verla le dijo lo primero que se le ocurrió, que resultó ser lo más impropio.

—¡Laura querida, tenía que verte! ¡Te perdono por todo!

—¿Que tú me perdonas?—encolerizose ella, que creía tener toda la razón—. ¿Perdonarme tú?

Y cerró el balcón, dando un tremendo portazo.

Y el joven quedó muy alicaído, y Hoggins se acercó a consolarle:

—Creo que dijiste lo que no debías.

—¡Laura!—gritó Bill, sin hacerle caso—. Sal un momento, quiero hablar contigo.

Pero Laura estaba decidida a no salir y el joven seguía alborotando. La madre de Laura, al ver que no se decidía a irse, exclamó:

—Este hombre debe estar loco para armar tanto escándalo.

—Probablemente tiene usted razón—aprobó Wally—. Llamaré a la policía, para que lo hagan callar.

Y Wally se dirigió al teléfono para llamar a la comisaría y avisar de que había un loco frente a su casa que les estaba molestando. Pero Bill, al ver que se quedaba ronco, sin que su amor volviese a asomarse al balcón, ideó un medio más práctico para llegar a ella, y cogiendo una escalera que encontró en un rincón del jardín, la llevó hasta el balcón de Laura sin hacer ruido, ayudado por Hoggins. Cuchichearon en voz baja y Bill empezó a subir por ella, haciéndole a su compañero signos de silencio. Tan preocupado estaba en no hacer ruido con sus zapatos de charol que no se dio cuenta de la llegada de un guardia, y Hoggins al ver que no le podía avisar se apresuró a esconderse entre los arbustos. El guardia, que venía de la comisaría más próxima buscando un loco, no le quedó ninguna duda de que era aquel el hombre que buscaba y movió la escalera para que Bill se diese cuenta de su presencia. Este creyó que era Hoggins y gritó:

—¡Cuidado, sujétala bien!

El policía no le hizo ningún caso, sino que la sacudió con más fuerza.

—¡Quieto, estate quieto!—musitó Bill, a punto de saltar por la baranda.

Entonces el policía aulló, enfadado:

—¡Baje de ahí, bombero aficionado!

Al oír estas palabras Bill por poco se cae del susto, y el guardia continuó:

—¡Hola, amigo! ¿No quiere bajar a charlar conmigo un ratito?

—Claro que sí—contestó Bill, mirando con nostalgia el balcón, mientras principiaba a bajar con desgana.

Al tenerlo a su lado el policía, que creía habérselas con un borracho, lo cogió fuertemente del brazo y Bill intentó soltarse, explicando:

—Oiga, se trata de una contusión.

—¿Ah, sí?—contestó el hombre con ironía—. No me va a decir que ha subido a la escalera para buscar un taxi...

—No, verá... ahí vive una chica...

—Venga conmigo—cortó el policía. Y se lo llevó a la comisaría, sin querer escucharle.

El joven intentó hablar con el comisario al llegar, pero allí nadie quiso hacerle caso, y por fin decidió

telefonar a su casa para que respondieran por él.

Fue el criado quien se puso al teléfono. El y el padre no se habían acostado aquella noche, atentos al desenlace de la apuesta; así que el único comentario que se le ocurrió al enterarse de la detención de su joven amo, fue decir:

—¡Dios mío! ¡Qué contratiempo que le hayan detenido hoy!

Bill no callaba gritando desde la comisaría que avisasen a su padre, y éste, al ver la agitación del criado, preguntó al fin:

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Es su hijo, señor. Está en la cárcel y necesita depositar una fianza para poder salir. Le acusan de borracho y de allanamiento de morada.

Grande fue la satisfacción del viejo Norman al ver que el destino intervenía tan eficazmente en su favor; así que contestó, restregándose las manos con satisfacción:

—Diles a ver si pierden la llave.

Esta fue la contestación del mayordomo a Bill, excusándose por tener que repetir tan incorrecta respuesta, y el joven dejó el aparato con desaliento, comprendiendo que su padre no intervendría en su auxilio hasta que hubiese perdido la apuesta. De todas maneras, al ver

que el sargento se disponía a encerrarle en una celda, porfió:

—Por Dios, pregunten quién soy en la casa donde me han detenido. La chica me conoce... está enamorada de mí...

Pero los policías no le hicieron

ningún caso y el comisario concedió sonriendo:

—Ponlo en una celda limpia para que no se le estropee el traje.

Así fué como Bill empezó su presunta carrera criminal, que iba a terminar en la vicaría.

EL RAPTO

HOGGINS al verse solo resolvió hacer algo. Apreciaba sinceramente a Bill y creyó que lo mejor sería intentar hablar con Laura y enterarla de lo que sucedía. Apoyó otra vez la escalera en el balcón y subió hasta llegar a la habitación de la muchacha. Como estaba todo a oscuras, el buen hombre dió un tropiezo al entrar y el jarrón que estaba encima de una mesita cayó, rompiéndose con gran estrépito. Laura, que permanecía despierta en su cama, se apresuró a abrir la luz y fué mucha su sorpresa al ver a Hoggins en su habitación.

—¿Qué hace usted aquí?

El buen hombre estaba muy azorado por su atrevimiento, pero murmuró:

—Es que quería hablarle de Bill.

—No quiero oír nada referente a Bill y le ruego que se vaya antes de que llame al servicio.

Hoggins intentó explicar.

—Es que Bill está loco por usted, señorita...

—¿Ah, sí?—contestó ella, burlona.

Hoggins pensó que valía más decir la verdad, por lo que continuó:

—Usted no lo entiende. Bill hizo una apuesta con su padre para que le permitiese llevarse su yate a los mares del Sur.

—¿Yate?—extrañóse Laura.

—Sí, el yate donde Bill pensaba llevarla en su viaje de bodas, y ahora no podrá ganar, porque está en la cárcel.

Al oír estas últimas palabras Lau-

ra se levantó de un salto y mientras se ponía un batín pidió a Hoggins que le explicara todo aquel enredo, y ambos empezaron a discutir en voz baja, cuál era la mejor manera de ayudar al joven.

Mary, que dormía en la habitación de al lado, se despertó con el rumor de la conversación y quedó sorprendida al parecerle que su joven ama hablaba con alguien. Saltó al pasillo y ante la puerta de Laura volvió a escuchar. Entonces ya no le quedó la menor duda. Se trataba de una voz de hombre y pudo oír cómo decía, a través de la cerradura:

—Cálmese y haga lo que le digo.

—Señorita Laura. ¿Le pasa algo?

—preguntó la criada, llamando a la puerta con los nudillos.

—No, váyase, no me pasa nada.

Pero Mary sentía cuchicheos constantes dentro del cuarto y no sabía qué pensar.

Hoggins no perdía el tiempo mientras tanto. Una vez hubo enterado a Laura de la situación, le pidió que se fuese con él y la joven empezó a vestirse con gran prisa, mientras él la esperaba en el balcón.

Mary, que como un buen perro policía, parecía que olfateaba el escándalo, volvió a preguntar:

—¿Está segura de que me puedo ir a dormir?

Laura, que se estaba acabando de abrochar, camino del balcón, gritó:

—¿No te digo que no me pasa nada.

Y acompañada de Hoggins bajó apresuradamente la escalera y montaron en el camión de la leche, que les esperaba.

Mary, que apoyaba su frente en el cristal de una ventana, vió a través de los visillos la escalera en el balcón de su señorita y entonces, creída de que sucedía algo raro, abrió la ventana a tiempo de ver cómo los dos fugitivos montaban en el camión de la leche y desaparecían.

—¡Laura!—gritó la criada.

Pero Laura ni tan sólo se volvió, y Mary gritó entonces con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

La madre de Laura despertó al instante y salió a ver qué pasaba.

—Mary, serénate, por favor. ¿qué sucede?

—¡Han raptado a Laura!

—¡Dios mío; han raptado a mi hija!—gritó la madre, entrando precipitadamente en la habitación de la muchacha. Al ver las ropas en desorden y el balcón abierto y con una escalera apoyada en él, ya no le quedó duda de su desgracia y se dejó caer anonadada en una silla, mientras decía:

—Mary, llama a la policía... tráeme tía, llama a los guardias, dame una aspirina, llama al servicio secreto...—y acabó—. Creo que voy a desmayarme.

—¡Mejor!—aprobó la criada, que no sabía cual de los mandamientos debía obedecer primero, y dirigiéndose al teléfono llamó a la policía.

El plan de Higgins era muy sencillo. Proporcionó a Laura un uniforme completo de repartidor y así vestida, con la gorra calada hasta los ojos y conduciendo el camión de reparto de Bill, se dirigió a la inspección, decidida a efectuar el reparto de leche en vez de su novio. Al pasar el camión por delante de Mark, ella temió por un momento que la reconocieran, pero el encargado no se fijaba mucho en los detalles.

Acababan de salir los camiones del reparto cuando el teléfono del despacho empezó a llamar con insistencia. Era el viejo Norman que, sabiendo que su hijo estaba en la cárcel, quería saborear su triunfo. Cuando fué su desesperación al enterarse de que se había presentado y sus palabras no fueron precisamente cordiales.

—¡Basta ya, señor Norman!—gritó Mark por fin—. He estado trabajando con usted veinte años y no puede llamarme embustero. El ca-

mión salió. Quizá lo lleve otro, si tan seguro está de que no puede ser su hijo, pero yo no me entretengo en mirar a cada hombre en la cara. ¡Eso es demasiado!

Y colgó el teléfono. El padre de Bill pidió entonces el abrigo y se marchó corriendo hacia la lechería, murmurando:

—¡Esto es una equivocación! ¡Mi hijo no puede estar en dos sitios a la vez!

El criado, que le oyó, se permitió opinar:

—¿Por qué no, señor? Puede haber salido ya.

En la cárcel del estado, Bill mientras tanto se consumía de impaciencia, viendo cómo pasaban las horas y nadie le iba a auxiliar. Se paseaba arriba y abajo de su celda, cuando de pronto vió en el suelo una tarjeta que le llamó la atención. Decía así:

«Siempre despiertos. Depositarios de fianzas. Servicio día y noche. P. H. Químez, Director. Tel. 6A 1234 - 607 West Hill St.»

El joven sintió renacer otra vez la esperanza y se apresuró a llamar al guardia.

—¡Eh, venga! ¡Oiga!

El guardia de turno entró al momento, exclamando:

—Guarde silencio. No se permite hablar a estas horas.

Pero Bill lo mostraba la tarjeta, inquiriendo:

—¿Conoce usted a estos?

—Pues claro que los conozco —ablandóse el guardia—. Hacen mucho negocio aquí.

—Pues avíseles y será mi amigo para toda la vida.

El hombre, que continuaba creyéndole un beodo, contestó:

—No me importa su amistad, pero me dan comisión.

Los fiadores de la agencia «Siempre alerta» no tardaron en llegar, y después de enterarse de la personalidad de Bill todo fué fácil. Al cabo de dos horas ya el joven estaba en

la calle y extendía un cheque a su oportuno salvador, diciendo:

—Muchas gracias por sacarme

—De nada—contestó el otro, servicial—. Lo hacemos todo por los clientes, y realmente este servicio no tenía importancia. Haga algún asesinato y ya verá cómo funcionamos...

—Eso haré si encuentro a cierta chica—se despidió Bill, alargándole la mano.

El otro se la apretó con cordialidad, contestando:

—Pues no se olvide de nosotros. Estamos de servicio permanente.

—Gracias. Adiós.

SIGUE EL EMBROLLO

EN casa de Laura la escena era muy distinta, aunque también intervenían en ella las fuerzas de policía. Un agente interrogaba a la criada y otro tomaba notas, mientras otros dos escudriñaban la habitación, buscando indicios que les permitiesen descubrir al raptor.

—Bien. Dice usted que oyó voces y fué al cuarto de la señorita a escuchar...

—Sí.

—¿Estaba usted durmiendo?

—No, estaba adormilada y por eso decidí levantarme.

La madre que permanecía sentada, arrugando nerviosa un rico pañuelo de encaje entre sus dedos, intervino:

—¿Es indispensable hacer tantas preguntas? ¿No podrían empezar por buscar a mi hija?

El policía no le contestó y continuó porfiando:

—¿Y dice que vio a su señorita entrar en un camión de la leche?

—Eso es, aprobó Mary.

—Todo esto me parece muy raro —comentó el taquígrafo—. ¿Están seguras de que no se fué de parranda con algún amigo suyo?

Wally, que permanecía sin hablar al lado de su futura suegra, prestándole su apoyo moral, se creyó obligado a intervenir:

—¡Mi novia no acostumbra a marcharse con desconocidos y menos a estas horas de la noche!

—¡Calmia, calma! —recomendó el

otro policía— ¿Había usted visto antes al rapfor?

—Me pareció que era el que trae la leche a casa cada día.

—¡Aiá!—rió el taquigrafo—. Ya vamos aclarando algo.

—¡Eso es absurdo!—interrumpió la madre—. ¡Tenemos aquí entretenidos, mientras mi pobre hija está en peligro! ¿Dónde está? ¿Qué van a hacer para encontrarla?

—Señora, yo soy un detective, no un adivino, y si ustedes no se explican no podremos llegar a ningún resultado práctico.

. . .

Laura, ajena al revuelo que había ocasionado su huida, silbaba alegremente mientras conducía el camión de reparto. Llegó a la primera casa y al llamar a la puerta salió apresuradamente una chica a medio vestir que le dió a Laura un sonoro beso y cuando se dió cuenta de que se trataba de una chica protestó:

—¡Esto es intolerable! Me quejaré a la compañía de tantos cambios. Una no llega a acostumbrarse.

Cerró la puerta con fuerza y al hacerlo cayó un periódico que tenía un retrato de Laura en la primera

página y decía con grandes titulares: «Ha sido raptada una chica de la buena sociedad.» La muchacha quedó un momento sin saber qué partido tomar, pero decidió continuar ayudando a su novio, y subiendo al camión de un salto, continuó su trabajo.

Bill llegaba en aquel momento a la lechería y saltó del taxi dispuesto a coger su camión, pero Mischa le vió y corrió a avisarle:

—No entre usted. En el despacho está su padre.

—No me importa—dijo el joven, mirando el patio con desaliento—. Los camiones han salido ya. He perdido.

—No lo crea—le confesó Mischa, y después de asegurarse de que nadie les había visto, continuó—: Alguien se llevó su camión y el viejo Norman cree que es usted.

Tan grande fué la sorpresa del joven, que casi no podía dar crédito a sus oídos.

—¿Que se llevaron mi camión? ¿Quién?

—No sé. Nadie sabe nada. Pero pasó por mi lado y casi aseguraría que fué una mujer.

—¿Una mujer? Es mejor que te seres...

—Bueno, si no me cree vaya al

EL RAPTO DE LAURA

final del recorrido y tal vez la encuentre.

—¡Me has dado una gran idea!
—aprobó Bill, marchándose corriendo.

Mischa se quedó un momento quieto, admirado de sí mismo, y murmuró:

—¡Yo, ayudando al hijo de un rico!

LA PERSECUCION

L AURA, siguiendo la ruta, llegó ante su casa y se apresuró a llevar dos botellas de leche hacia la cocina. Cogía las vacías para llevárselas, cuando Mary, que estaba asomada a la veritana, la reconoció y empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Laura! ¡Laura!

Pero ésta, al oír los gritos, corrió hacia el camión y Bill, que llegaba en aquel momento, bajó en un salto del taxi y se apresuró a subir a su vez a sentarse ante el volante. Mientras guiaba el camión a gran velocidad, el joven inquirió:

—Laura, ¿por qué me ayudas?

—Pues porque quiero que ganes la apuesta a tu padre.

—¿Mi padre?—sorprendióse él.

—No tenemos tiempo de hablar —interrumpió ella, mientras se quitaba con rapidez la chaqueta y la gorra y se lo ponía a Bill.

Mientras tanto los policías habían salido al jardín de la casa, seguidos de Wally y la madre de Laura, que no acababa de creer lo que les había dicho la criada.

—¡Es ridículo! ¡Jamás he oído cosa semejante!

—Les aseguro que era Laura.

—Basta, Mary —interrumpió la madre con enojo—. Estamos ya bastante mareados sin que tengamos que dar crédito a tus alucinaciones.

—¿Es que cree que no conozco a su propia hija?—chilló la criada, ofendida—. Esto es decirme tonta.

La madre no se atrevió a contestar y los policías decidieron por una-

EL RAPTO DE LAURA

nimidad seguir al camión y comprobar qué era lo que en realidad estaba sucediendo.

Los dos jóvenes, mientras burlaban con habilidad a sus perseguidores, charlaban animadamente:

—Entonces, es verdad que tu padre...

—Claro que sí, querida.

—¿Y por qué no me dijiste que todo era una apuesta?

—¿Y por qué me dijiste tú que eras una criada?

Ella desvió hábilmente la contestación.

—Nos quedan doce minutos para hacer cuatro entregas y regresar a la lechería.

—Pues acelera, que nos jugamos el viaje de bodas.

Mientras tanto en el coche de la policía, uno de ellos comentaba:

—A mí nunca me gustó la leche.

—Ni a mí—confesó otro.

En aquel momento el camión se detiene ante una casa y sale Bill a cambiar las botellas vacías por las llenas. Al volver a subir, los policías, que han detenido el coche al lado del camión, bajan diciendo:

—¡Alto! ¡Quietos! ¡Un momento!

Pero Laura aprieta el acelerador sin hacerles caso y los policías vuelven a montar en su coche para continuar la persecución.

—¿Por qué querían detenernos?

—comentó Bill—. ¡Están locos!

—Es por un caso de rapto—explicó Laura, sonriente.

—¿Rapto de qué? ¿De mi propia mercancía?

—No. Creen que me has raptado a mí.

—¿A ti? Entonces para y explíquémosles...

Pero ella, más práctica, resolvió.

—No tenemos tiempo. Luego ya se aclarará.

* * *

En las oficinas de la casa Norman y Compañía el padre de Bill grita en el despacho:

—¡Por última vez! ¿Quién ha salido con este coche?

—Yo creo que ha sido su hijo—responde Mack.

—Te digo que Bill está en la cárcel.

—¿En la cárcel?—intervino Higgins—. Pues yo he visto su camión y bien que corría.

—Y le quedan aún ocho minutos—concretó Mack, consultando su reloj.

—Siete minutos y medio—gritó el padre, furioso al ver que su hijo podía ganar—. Tu reloj atrasa.

Los policías se acercan cada vez más al camión y los dos jóvenes que

tienen que detenerse todavía un par de veces, se meten en una cochera para despistar a sus perseguidores, que pasan de largo sin verles. Entonces salen y apresuran la marcha hasta detenerse ante un chalet detrás de un automóvil de la policía. En aquel momento, mientras Bill baja corriendo, los policías escuchan por radio:

«Llamada a todos los coches, llamada a todos los coches: un momento de atención. Una señorita ha sido raptada y se dice que la llevan en un camión de reparto de leche de la casa Norman. Registren todos los que vean. Nada más.»

En aquel momento Laura, que no ha oído nada, ni se ha fijado que aquel coche era de policía, toca la bocina fuertemente y grita:

—¡Quiten este coche de enmedio!

—¡Una señoritanga! — comenta el guardia displicente.

En aquel momento entra Bill, y al arrancar chocan con el coche de la policía. Estos sacan la cabeza por la ventanilla, y el uno dice al otro:

—¡Fíjate, un camión de la leche!

—¡Alto, quietos ahí! — grita el otro.

—¡Oh! — murmura Laura, dando toda la marcha al camión, que sale disparado seguido por los policías.

Estos, mientras tanto comunican con Jefatura:

—Llamada a Jefatura..., del coche veintinueve, llama el coche veintinueve..., seguimos a la chica raptada. Van hacia la lechería. Envíen refuerzos.

La noticia propagada con rapidez, es recibida por el guardia que está en casa de Laura.

—Bien — dice al separarse del teléfono — Estamos sobre la pista de una banda de raptadores que actúan desde una lechería. Vamos.

—¡Oh, pueden matar a mi Laura! ¡Vamos! — exclama la madre con acento desesperado.

—¡Vamos! — aprueba Wally. Y salen todos corriendo.

—¡Esperen, esperen! — grita la criada corriendo detrás —. No se olviden de que puedo identificar al raptor.

—Suba aquí — le ofrece el policía.

Y la entrometida mujer se siente muy satisfecha de poder ver el desenlace de todo aquello, mientras Wally conduce en su coche a la madre de Laura.

Laura y Bill se ven casi alcanzados por los policías, y el dice desesperado:

—Tenemos que entretenerlos algún tiempo.

—Les tiraremos las botellas —

E L R A P T O D E L A U R A

propone Laura, y sale de la cabina del camión para subir a la parte de detrás, desde donde, cómodamente sentada, empieza a tirar botellas que se rompen con estrépito en el paseo con un resultado maravilloso: pues los neumáticos de los vehículos que les siguen, un par de coches y varias motocicletas, van quedando inutilizados.

—Ha sido una gran idea, querida—aprueba Bill al ver que sus perseguidores van perdiendo terreno.

—Pues tengo muchas mejores—admite Laura.

—¿Es una de ellas casarte conmigo?

—Calla y acelera. Nos quedan pocos minutos—responde ella con gran sentido práctico.

EL AMOR TRIUNFA

LOS guardias han invadido ya la oficina de la lechería, donde el padre de Bill decía, contemplando su reloj:

—¡Faltan dos minutos!

Pero su atención fué atraída por un policía, que preguntaba ceñudo:

—¿Han robado alguno de sus camiones?

—No, que yo sepa... ¿Es que pasa algo?

—Algo muy grave, Laura Henderson, una chica de la buena sociedad, ha sido secuestrada en uno de sus camiones. Tenemos que hacer un registro. Hasta luego.

En el momento en que salen los policías, el padre de Bill estalla iracundo:

—¡Eso es intolerable! ¡Con que

tú no sabías quién iba en mi camión! ¡Raptar mujeres en mis coches! ¿Qué está ocurriendo aquí?

En aquel momento la pareja llega ante la lechería y ven la entrada obstruida por los coches de la policía.

—No podremos pasar esta barricada... ¿qué haremos?

—¡Hay que ganar la apuesta!— contesta Bill, y apretando el acelerador pasa ante los coches.

Éstos, al verle, reconocen a su perseguido, y todos empuñan a seguirle, y Bill da una vuelta a la manzana y entra al patio, mientras Mishka, que ha observado la maniobra se apresura a cerrar la puerta.

—¡Faltan ocho segundos! ¡Ya no llega!—dice el padre, triunfal.

Pero Bill sube las escaleras de

la lechería y llega con una ventaja de dos segundos:

—¡Ha ganado!—dice Mack, satisfecho.

Nadie se acordaba en aquellos instantes de los policías, que habían logrado entrar, y se dirigen a Bill:

—¡Queda usted detenido!

El padre se interpone:

—¿De qué se trata?

—De rapto—le explican, en el momento en que la madre de Laura entra en el despacho seguida de Wally.

—Exijo que se lo detenga por raptar a mi hija.

—¡Señora Henderson!—exclama el padre de Bill, reconociéndola.

—¡El señor Norman!—dice ella a su vez, mientras le saluda afectuosamente.

—Aquí hay alguna equivocación—invoca el señor Norman—. Ese joven es mi hijo. No es ningún raptor.

—¿Su hijo?—se sorprende la señora Henderson.

—Pues claro—afirma el señor Norman.

—¿Con qué equivocación, eh?—interviene un policía, que no acaba de entender lo que sucede—¿Quién empezó este lío?

—Ese fué—responde la criada, señalando a Wally con ademán teatral.

—Pues deténganlo—ordena el jefe.

—¿A mí? ¿Por qué?—gruñe el pobre Wally al ver que le ponen unas esposas.

—Por engañar a la policía, por escándalo, por falsas acusaciones, por daños a la propiedad privada, y... y...

—Y porque a mí no me gusta—termina la incorregible Mary con decisión.

—¡Y yo que solamente quería casarme con la chica!—suspira Wally con desaliento mientras se lo llevan.

—Además—prosigue el jefe de los guardias—, ¿quién nos indemniza de los neumáticos estropeados y de las cámaras también que habrán de reponerse? Vamos a ver.

Laura y Bill no saben qué decir, pues ellos fueron los causantes de tal desaguisado.

—¿Qué se me contesta?

—No apurarse—lo replica el señor Norman—; yo pagaré lo que sea y asunto terminado.

—Pues puede usted preparar como unos quinientos dólares...

—Aunque sean mil. Esto está terminado.

—Un momento—interrumpe la madre de Laura—. Yo no puedo consentir que usted abone todos estos gastos, y propongo que se pague equitativamente entre los dos...

Laura y Bill prorrumpen en una carcajada, pues ven que todo se soluciona satisfactoriamente.

—Ya todo se arregló, queridos papás—dice Bill con cierta emoción—; os esperamos aquí afuera y nos marcharemos todos juntos.

Van saliendo de la oficina todos los guardias, y al fin quedan solos los dos consuegros.

—¡Qué bonito es el amor!—suspira la señora Henderson, contemplando a Laura y a Bill, que se besan en el patio.

Y tal es el magnetismo de la escena, que los dos padres se sienten emocionados y se besan a su vez.

FIN

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
Apuesta de amor . . . Gene Raymond
Héctor Pizarro . . . Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sepultado en vida . . . A. Nazzari
Defensores del crimen . . . Richard Dix
Aventura Pampadour . . . Kala de Nogi

Malicia roja . . . Billy Borge
Titanes del mar . . . Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . . Ann Sothern
Maria Elena . . . Paola Wostear
Pecado Jamaique . . . Charles Leighton
El caso Vare . . . Clive Brook
Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . . Heinz Rühnari

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabó, Toomay de los
elefantes . . . Sabó
Tu cambieras de vida . . . M. Redgrave
Las dos niñas de París . . . C. Darghon
¿Ella mi hijo? . . . Lili Dagover
La última avanzada . . . Cary Grant
Vacaciones junto Harvey . . . Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión . . . Ann Harding
Una chica insuperable . . . Danielle Darrieux
Baje monto de la noche . . . Edmund Lowe
Alarma en el expreso . . . M. Redgrave
Crimen de medianoche . . . Ramón Ferra
El signo de la Cruz . . . Fredric March
El asesino invisible . . . Walter Abel
Los dos pilletes . . . Jacques Tati
Pygmalion . . . Leslie Howard
Maria Estuardo . . . Kath. Hepburn
Cuidado con la q. haces . . . Michael Redgrave
Por la dama y el honor . . . Paul Lukas
El día que me quieras . . . Carlos Gardel
El pequeño lord . . . F. Bartholomew
Tarsón de las fieras . . . Buster Crabbe
Albergue nocturno . . . Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa . . . Judy Kelly
Acusada . . . Dolores del Río
Farja de hombres . . . Mickey Rooney
Lo prefiero millonario . . . Gene Raymond
Los peligros de la gloria . . . James Cagney
La bella rebelde . . . Ann Sothern
Buscando fama . . . Don Ameche
Una mujer imposible . . . Jenny Jugo
El hombre del Níger . . . Victor Francen
Extraños en luna de miel . . . Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tanón . . . Mickey Rooney
Fruto de amor . . . Clark Gable
El secreto del marqués . . . Armando Falcón
Irene . . . Ann Neagle
Una hora en blanco . . . Franchot Tone
La batalla . . . Charles Boyer
La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
La muj. de los dos caras . . . Greta Garbo
Luna llena . . . Joan MacDonald
La hora radiante . . . Joan Crawford
Cuando ellas se encuent. . . Melvyn Douglas
El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
Una chica se divierte . . . Jean Arthur
Una mujer endiablada . . . Lupe Vélez
El club 400 . . . George Murphy

Pedidos a: EDITORIAL «ALAS», - Apartado 707. - BARCELONA

Los más célebres artistas
Las grandes producciones
La mejor literatura
siempre en **Editorial ALAS**

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligero
La veina mora María Aras
El conejito madrileño . . P. G. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
¿No quiere! ¡No quiere! . José Baviera
Eran tres hermanas . . . Luísa Cargallo
Bohemia Emilia Aliaga
Don Floripondia Valeriano León
Los hijos de la noche . Miguel Ligero

Martingala Niño Marchena
Ráptame usted Celia Gómez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Marucchi Fresco
¡Ja-Alai Inés de Val
¿Quién me compra un
un llo? Maruja Tomás
Alas de paz Lois de Valera

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Camión, la de Triana . . L. Argentina
El sobre locado L. Cargallo
La Dolores Rosita Díaz
La Millona R. de Sentmenat
Suspiros de España . . Miguel Ligero
Gloria del Montcayo (Los
de Aragón) M. de Diego
El octavo mandamiento . Luis Yeago
Rumbo al Cales Miguel Ligero
El difunto es un vivo . Antonio Vico
Molinos de viento . . . Pedro Terol
La alegría de la huerta . Flora Santacruz
El barbero de Sevilla . . Miguel Ligero
Melodía de arabal . . . L. Argentina
C. Cardel

Sol de Valencia Maruja Gómez
Misterio en la Marisma . Tony D'Algy
Ruas de otoño M. F. L. Cuervo
La patria chica Estrellita Castro
La chica del gato Josita Hernán
Un error de familia . . Mercedes Vecino
La culpa del error . . . Luis Prandhi
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? . . José Nieto
Una mujer en un taxi . Silvia Morgan
Una herencia en París . Tony D'Algy
Empezó en Buda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón . . Miguel Ligero
La Patria Maruja Tomás
Verbena Maruja Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaña Anacleto Pizarri

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flor de ugrino Cracia de Triana
Tú llegas Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Gerson
Otoño Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



2'50 Ptas.

IMPRESO EN EL
MUSEO DE HISTORIA NATURAL